8569

ANTONIO PASO ✦ JOAQUÍN ABATI

Los perros de presa

VIAJE EN CUATRO ACTOS, DIVIDIDOS EN DIEZ CUADROS

INTERMEDIOS, MELOPEAS Y SERVICIO MUSICAL ESCÉNICO DEL

MAESTRO TORREGROSA

Mata

500

Copyright, by Paso y Abati, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

10

LOS PERROS DE PRESA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS PERROS DE PRESA

VIAJE EN CUATRO ACTOS

divididos en diez cuadros

ESCRITO POR

ANTONIO PASO Y JOAQUIN ABATI

Estrenado en el TEATRO CÓMICO el 13 de Diciembre de 1909

MADRID

S. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

A Loreto Prado

y á Enrique Chicote

Felicísimos creadores de REBOLLO *y* VILLALÓN.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
REBOLLO	SRTA. PRADO.
DOÑA ELENA	SRA. CASTELLANOS.
ARABELLA	FRANCO.
TILA	SRTA. GIRÓN (D.)
LUPITA	AGUILA (M.)
SOFÍA	ROMÁN.
NATIVA	SRA. MARTÍN.
GREGORIA	SRTA. BORDA.
LA MADRE SUPERIORA	ANCHORENA.
LA HERMANA TORNERA	CUESTA.
LA HERMANA DESPENSERA	SRA. BARANDIARÁN.
INÉS	SRTA. AGUILA (J.)
VILLALÓN	SR. CHICOTE.
SALVATIERRA	RIPOLL.
GÓMEZ-NARRO	SOLER.
PIZZICATO	PONZANO.
PABLO	ALONSO.
QUINTÍN	CASTRO.
EL CAPITÁN TIFON	MORALES.
EL JUEZ	DELGADO.
CASAL	BERMÚDEZ.
UN SACERDOTE	PEINADOR.
EL ALCAIDE	ORTÍZ.
UN CAMARERO	FERNÁNDEZ.
UN GUÍA	VERDÚ.
UN AGENTE DE POLICÍA	MARTÍN.
UN ENFERMERO	DÍAZ.
EL SEGUNDO DE A BORDO	GÁLVEZ.
UN CARCELERO	N. N.

Tzigonas, cargadores mulatos, brasileños, viajeros y marineros

La acción en nuestros días

Derecha ó izquierda, las del actor

672909

TITULOS DE LOS CUADROS

Cuadro primero.—El cuadro de Goya.
Cuadro segundo.—El estudio de Rebollo y Villalón.
Cuadro tercero.—Tierra brasileña.
Cuadro cuarto.—La heredera.
Cuadro quinto.—En la selva.
Cuadro sexto.—Un español en Méjico.
Cuadro séptimo.—El convento del Ave-María.
Cuadro octavo.—La prisión.
Cnadro noveno.—La catástrefe.
Cuadro décimo.—El consabido triunfo de los buenos.

El escenógrafo SR. MARTINEZ GARÍ ha pintado once decoraciones

ADVERTENCIAS

Esta obra lo mismo puede ser representada por compañías de zarzuela que por compañías de verso.

Las primeras pueden pedir la parte musical á la Sociedad de Autores Españoles, y las segundas pueden comprar en la casa de *Fuentes* y *Asenjo*, Arenal, 20, por un módico precio la **parte de piano.**

En el libro van las indicaciones claras y terminantes del servicio musical.

Esta obra paga por derechos de propiedad tres actos de verso y sobre el total el *10 por 100* como derechos musicales.

Más claro; si los derechos de verso de los tres actos son 50 pesetas, por la música se abonan cinco más, si 60, seis, y así sucesivamente.

Señores Directores:

Las especiales condiciones de Loreto Prado; la maravillosa encarnación que hace de cuantos tipos representa, que son á modo de una garantía indiscutible de éxito y lo que se llama en el *argot* teatral *estar en figura*, nos inspiraron el reparto que ya habrán leído ustedes.

Sin embargo, en las compañías donde no haya tiple cómica ó ésta por su estatura, desarrollo corporal, etc., etc., no esté en condiciones de encargarse del papel de *Rebollo*, debe hacerlo el tenor cómico, y á falta de éste, el actor más gracioso que haya.

Claro está que siempre es preferible una señora por aquello de que el bello sexo siempre es bello, pero en fin, el buen criterio de la Dirección resolverá lo más conveniente al éxito.

Además, fíjense ustedes bien en las acotaciones y tendrán mucho adelantado en la penosa tarea de montar este viaje.

La duración total de esta obra es de **dos horas y media.**

En Madrid se estrenó y se hace (y Dios quiera que se haga mucho) en sección doble, de 10 á 12 y media.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Antes de levantarse el telón, preludio señalado con el número 1

Despacho de un hotelito en Madrid perteneciente al banquero don Jorge Salvatierra. En el centro del foro, balcón con vidrieras practicables. A través de las mismas se ve un andamio colocado en la parte de la fachada. A la izquierda del actor dos puertas; á la derecha una. En primer término izquierda mesa lujosa de despacho. Librerías, teléfono, cuadros, etc. Todo lo que dé idea de un despacho de un hombre de negocios. Debe notarse en la habitación algún desorden que haga la impresión de una casa en que se hace una obra de revoco y reparación. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón SALVATIERRA sentado ante la mesa de despacho, examina unos papeles con gran atención. Fuera en el foro se oyen las voces de los pintores que se supone trabajan en el andamio y cantan sea el coro de la zarzuela «Bohemios» sea el del «vagabundo de «Alma de Dios» ú otro número cualquiera, procurando que sea el más popular. Salvatierra será moreno, llevará bigote y barba muy poblada. Viste levita de corte elegante. En seguida GREGORIA por la derecha

SAL. (Después de breve pausa.) Justo, sí... diez millones, más los intereses legales.

GREG. (Saliendo por la derecha.) Señorito... (Salvatierra sigue abstraído. Alzando mucho la voz.) ¡Señorito!...

SAL. ¡Y dale!... Le tengo á usted dicho que no me grite al hablar. Es una costumbre que no corrige usted por más que hago... ¿Qué hay?

GREG. (Muy fuerte.) Pues la señora... (Nota que ha empezado en tono alto y baja de pronto mucho la voz.) la señora me manda decirle que los señores de Menéndez se marchan, y por si quiere usted despedirse de ellos...

SAL. Voy. (Se levanta.) ¡Ah! Gregoria, haga usted el favor de decirle á los pintores que si quieren callar con mil demonios... que la señora está con jaquecá... ó que yo estoy muy malo... cualquier cosa... ¡no han parado desde esta mañana! (Mutis por la derecha.)

GREG. Bien. (Asomándose al balcón.) ¡Eh!.. Hagan el favor de callar que está la señora con jaqueca.

VOZ (Dentro.) ¿Con quién has dicho, reina del fogón?

GREG. Soy de cuerpo de casa.

OTRA VOZ ¡Olé tu cuerpo!

VOZ 1.ª ¿Quieres que te revoquemos la fachada?

GREG. Bueno, bueno, menos bromas y cállense que si no lo voy á pagar yo.

VOCES (Cantando.) Pobre, chica
la que tiene que servir.

GREG. (Volviendo á escena.) Sí que hacen caso.

ESCENA II

DICHA y por la derecha REBOLLO y VILLALÓN, Son dos pintores de los que trabajan en las obras del hotel. Trajes y blusas característicos. La blusa y pantalón de Villalón excesivamente manchados de pintura. Traen en la mano los botes de color y las brochas

REB. Sí, por aquí se les oye cantar.

VILL. Ten *cuidao* dónde te metes, Rebollo.

GREG. ¿Dónde vais?

REB Al *honrao* trabajo.

VILL. Hemos *dao* de mano en el patio y el maestro nos ha *echao* á ayudarles á los de la *fachá*.

REB. ¿No hay aquí un balcón que da al andamio?

GREG. Sí, ese es; y hacer el favor de no cantar... la señora está con jaqueca.

REB. (Reparando en la muchacha.) Oye, Villalón.

VILL. ¿Qué quieres?

REB. Mira una mujercita *pa* un pintor que ni *pintá*.

GREG. No me llama Dios por ese camino.

VILL. Y que me apuesto el jornal de la semana á que se llama Dorotea ó Matea... porque fíjate como le arden los ojos... *tié* que acabar en *tea* á la fuerza.

GREG. ¡Pero qué listos sois!...

VILL. ¿Que no? Dinos con qué letra empieza y verás si lo acertamos.

GREG. Con G.

REB. ¿Con ge?... con ge... ya está. Justa.

VILL. No seas bruto. Con ge sería Gusta.

REB. Esta gusta lo mismo con J que con G.

GREG. Vaya, vaya... no tengo ganas de palique. (Medio mutis.)

VILL. Oye, mujer .. ¿es que no te agradamos?

REB. Te advierto que estamos solos en el mundo.

GREG. Si sois dos ya no estais solos.

VILL. Eso es verdad... Este *qué* decir que no tenemos ni padre ni madre.

REB. La brocha, el bote y una bohardilla que ponemos á tu disposición.

GREG. Gracias, no pico tan alto. (Mutis por la derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos GREGORIA

REB. ¡Que no pica!... y es una guindilla... Fíjate, Villalón, que andares...

VILL. Bueno, vamos al trabajo.

REB. Llevas razón. Al andamio. (Avanzan un poco hacia el balcón.) Chico, qué despacho tan lujoso ..

VILL. Si tuviéramos nosotros la mitad del dinero que tiene el dueño...

REB. Entonces sí que pintaría yo, pero no *fachás* ni puertas. Pintaría un cuadro.

VILL. ¿Cuál?

REB. Un cuadro que llevo en la cabeza.

VILL. ¡No será muy grande!

REB. Con la afición que nosotros tenemos á la pintura... nos iríamos á Roma... á París...

VILL. No sueñes Rebollo.

REB. Acabaría mi cuadro y le mandaría á la primera Exposición... ¡y que es una tontería el asuntito!... histórico verdad... El asesinato de César por Bruto.

VILL. Ese te lo colocan en la sala del crimen, hombre.

REB. *Pué* que no. Ya sabes que á mí me da el naipe por la pintura histórica.

VILL. Pues, chico, á mí dame una mancha de color.

REB. (Mirándole el traje.) ¿No *tiés* bastantes?

VILL. Donde hay una mancha que se quite la historia.

REB. Eso de que hablen de uno después de fallecido y que diga la gente admirando nuestros cuadros... Ese es un Rebollo,.. ese es un Villalón... y que le cuelguen á uno al *lao* de Juan de Juanes, de Murillo, de don Miguel Angel...

VILL. La verdad es que ha habido unos tíos pintando... ¿has visto ese Velázquez qué Pasmo tiene?

REB. ¿Y dónde me dejas las Meninas?

VILL. Pues anda, que el Rosales con el *abintestato* de Isabel la Católica...

REB. El testamento, hombre.

VILL. Es lo mismo. El caso es que ganaron un porción de dinero.

REB. Como lo ganaríamos nosotros si tuviéramos una mano protectora.

VILL. No sueñes, Rebollo. A nosotros no hay quien nos dé la mano ni *pa* saludarnos.

REB. Pues esa es mi queja, porque con nueve reales que ganamos ¿qué podemos hacer? mal vivir... pero tú ponme á mí un estudio, tráeme una buena modelo y déjame solo, que ya verías los *resultaos*.

VILL. Rebollo, despierta y vamos al andamio.

REB Ni tiempo *pa* ir al Museo tenemos.

VILL. Rebollo, que te voy á tener que tirar de la cama.

REB Tú suponte que esta casa fuera nuestra. Bueno, pues esto lo dejábamos de despacho. ¿No te parece?

VILL. *Pa* despachar no está mal.

REB (Mirando por segunda izquierda.) Aquí, por ejemplo, colocari... colo... colo... (Se queda asombrado.)

VILL. ¿Qué te pasa?

REB ¡Chico, qué galería de cuadros...! ¡Mira... mira...

VILL. ¿A ver? (Mirando.) ¡Qué dineral debe valer esto!

REB. Aquel del rincón es un Goya... *clavao.*

VILL. *Clavao*... sí está... pero no es Goya.

REB. ¿Que no? ¿Y aquella Purísima?

VILL. Hombre, mira qué mancha. (Maquinalmente y sin darse cuenta entran en la galería, cuya puerta queda entornada.)

ESCENA IV

SALVATIERRA y GÓMEZ-NARRO por la derecha

SAL. Pase, querido Gómez-Narro, y perdóneme la urgencia. Tengo una consulta importantísima que hacerle.

GÓMEZ Ya sabe usted que entre todos mis clientes es usted el preferido.

SAL. Gracias. Tome asiento. (Se sientan.)

GÓMEZ Cierto que hemos perdido todos los pleitos que me confió, pero ya habrá usted visto que no es usted sólo. Este año no he ganado ninguno.

SAL. Lo sé.

GÓMEZ Estoy á su disposición.

SAL. Empiezo. Mi padre, modesto comerciante de Málaga, murió, dejándonos á mi hermano Ricardo y á mí lo justo para pagar sus deudas.

GÓMEZ Era lo justo. Es un caso previsto en el artículo del Código, que dice...

SAL. Mi hermano, espíritu aventurero, marchó á América; yo vine á Madrid, me coloqué en una casa de banca y mientras completaba mi educación financiera, él descubría en aquellos países unas fuentes de petróleo que explotó y vendió más tarde en cantidades fabulosas.

GÓMEZ Sí, algo me indicó usted...

SAL. Durante algunos años no supe más de él. Pero he aquí que un día leo en un periódico la muerte repentina de mi pobre hermano allá en Méjico; una noche le encontraron tendido en la calle agonizante, á causa de un ataque de alcoholismo. Según los informes que pude adquirir, hacía en sus últimos años una vida desastrosa: bebía, jugaba, era provocativo... En fin, dejando esto aparte, en respeto á su memoria, el hecho es que me ví en posesión de diez millones de pesetas, con los cuales fundé esta casa de banca.

GÓMEZ Una de las más acreditadas por su honradez.

SAL. Sí. Mi capital me permite ser honrado. Ahora bien; supongamos que mi hermano se hubiese casado en Chile ó en el Perú sin yo saberlo.

GÓMEZ Muy posible, puesto que no se trataban ustedes.

SAL. Supongamos que al poco tiempo de casado mi hermano abandona á su mujer dejándola una hija

GÓMEZ Probable también, puesto que de los padres nacen los hijos...

SAL. Que su viuda ignora el fallecimiento, pero por fin lo sabe y viene en nombre del menor á reclamar la herencia del padre... que yo rechazo la reclamación.

GÓMEZ Y pleiteamos.

SAL. Bueno; pleiteamos. ¿Pero dónde?

GÓMEZ Aquí en Madrid. Domicilio del demandado.

SAL. Eso es lo primero que quería saber Pleiteamos en Madrid.

GÓMEZ Y perdemos en Madrid si el matrimonio contraído en el extranjero ha sido hecho se-

gún las leyes del país y si su hermano conservó su nacionalidad española. (Buscando la petaca.) ¡Caramba!... He perdido la petaca.

SAL. Tome usted. (Le da un cigarrillo.)

GÓMEZ Gracias. Y ahora dígame qué fin se lleva usted... (Buscando las cerillas.) ¡Caramba!... He perdido también las cerillas...

SAL. ¿Dónde?

GÓMEZ Donde lo pierdo todo... en la Audiencia.

SAL. (Sonriendo.) Ahí va. (Le da la caja.)

GÓMEZ (Encendiendo.) Le preguntaba á usted el motivo de esas suposiciones.

SAL. Desgraciadamente no son suposiciones.

GÓMEZ ¿Cómo?... Su hermano...

SAL. Estaba casado en el Brasil, y abandonó á su esposa dejándola una niña que hoy cuenta diez y ocho años.

GÓMEZ ¿Y la madre?...

SAL. Al tratar de casar á la chica, indagó el paradero del padre para los trámites necesarios, y supo la muerte.

GÓMEZ Es un conflicto, porque la madre se pondrá en camino.

SAL. No tiene que ponerse, porque está aquí.

GÓMEZ ¿Entonces piensa usted restituir la herencia?

SAL. Ya veremos. Por lo pronto y para que el crédito de mi casa no padeciese, había que evitar que su reclamación fuese conocida, y ya lo he conseguido. (Toma de la mesa un papel que le enseña.) Mi cuñada Elena me ha firmado este documento, dándome tres meses de plazo para que recoja fondos. Véalo. Este es el segundo punto que deseaba consultarle. ¿Es válido este convenio particular?

GÓMEZ (Examinándolo.) Sin duda. (Devolviéndolo.) «De cualquiera manera que el hombre quiera obligarse, etcétera, etcétera...»

SAL. Pues un millón de gracias y perdone la molestia. (Toca el timbre.)

GÓMEZ Ya sabe usted que entre todos mis clientes es usted el preferido.

SAL. (A Gregoria que habrá aparecido por la derecha.) Acompañe al señor y dígale á la señora que venga. (Gómez y Gregoria mutis por la derecha.)

ESCENA V

Al hacer mutis Gómez-Narro, Salvatierra se pasea pensativo como si meditase un plan y se dirige á la mesa examinando los papeles de la primera escena. En seguida SOFÍA por la derecha

SOFÍA (Entrando con mucho interés.) ¿Qué?

SAL. El documento es válido. Tenemos tres meses de plazo.

SOFÍA Pero cuando cumpla ..

SAL. Tendríamos que devolver esos millones.

SOFÍA Y quedaríamos arruinados.

SAL. (Con intención.) ¿Quién sabe?... En ese tiempo pudieran desaparecer los herederos... morir... mi pobre cuñada está delicadísima... los sufrimientos que le causó la conducta de mi hermano... el viaje... está muy delicada, muy delicada... por eso la he ofrecido una de mis casas de campo para que se reponga... está decidida á partir... allí se la cuidará con cariño... pero... ¿quién sabe?

SOFÍA Sí, sería muy triste... pero ¿y la hija?

SAL. Ese es otro punto que resolveré esta tarde. Mi cuñada no debe tardar. (Consulta de nuevo el reloj.) He logrado inspirarla bastante confianza. La pediré una carta para su hija, ordenándola que me siga... la traeremos con nosotros.

SOFÍA Pero ¿crees poder conseguir que te revele el punto exacto donde está la muchacha?

SAL. Lo intentaré... creó que está en el interior del Brasil, iré por ella, y (Con intención.) ya puedes suponer que un viaje así tiene mil accidentes, infinidad de peligros... hay que atravesar caminos sembrados de bandidos... el clima es mortífero... sentiría que nos ocurriera una desgracia...

SOFÍA Pero... si fallan tus cálculos...

SAL. En ese caso ya sabes que con dinero se compra hasta la casualidad. Una cornisa que se desprende y cae... un automóvil que atropella... todo ese cúmulo de accidentes desgraciados de los que nadie está libre...

ESCENA VI

DICHOS, REBOLLO y VILLALÓN que salen de espaldas de donde entraron y discuten acaloradamente

VILL. Pero que va á ser Goya... ¿De dónde es Goya?

REB. Que es Goya te digo.

SAL. / SOFÍA } ¡¡Eh!! (Aterrados.)

VILL. ¡Los amos! (Quedan ambos confusos.)

SAL. (Dirigiéndose á ellos amenazador.) ¿Qué hacían ustedes en esa galería?...

REB. Dispense usted, comprendemos...

VILL. Que hemos hecho mal...

REB. Pero... la afición... yo llevo un cuadro en la cabeza...

VILL. A mí las manchas de color me despepitan...

REB. La culpa es de este que se empeñó en que ese Goya del rincón...

VILL. Que no es Goya.

SAL. Basta... Ahora mismo llamaré al maestro y le diré cómo cumplen ustedes en el trabajo Serán ustedes despedidos.

REB. (A Villalón.) ¿Ves? Por *ocecarte* en llevarme la contraria...

SAL. Salgan ustedes. (Muy incomodado.) Debía echarles por el balcón...

VILL. No, si por el balcón es por donde vamos á salir. Entramos aquí para pasar al andamio. Vaya, dispense y...

SOFÍA Un momento...

SAL. ¿Qué quieres hacer?

SOFÍA (A su esposo.) Acaso hayan oído nuestra conversación, y no sería prudente... (A ellos.) Mi esposo no está disgustado porque ustedes, amantes del arte, hayan cometido la ligereza de penetrar en esa habitación sin su permiso.

REB. Créame la señora que solo ha sido este demontre de afición..

VILL. Y la manía de este cabezota de que era un Goya...

REB Y lo es...

SOFÍA Bien, bien; pero es el caso que mientras ustedes estaban ahí, mi marido me hablaba de los secretos financieros de la casa...

REB. (A Villalón.) Ya te decía yo que se sentía ruido aquí, en este despacho...

SOFÍA Y que de haber sido oídos por ustedes...

REB. (Con candidez.) ¿Tú has oído algo, Villalón?

VILL. Yo lo que te digo á tí que no es Goya... y si no que lo diga el señor. (Por Salvatierra.)

SAL. Dejen ustedes á Goya y contesten. ¿Han oído algo?

VILL. ¡Yo qué voy á oir! ¡Poco ensimismaos que estábamos!

REB *Atortolaos*, se dice, hombre, ¡que hay señoras!

SOFÍA (A su esposo.) Son dos idiotas. Creo que podemos estar tranquilos.

SAL. Bien. Retírense y que no vuelva á ocurrir.

VILL. Entonces... con su permiso... (Abren el balcón y desaparecen por el andamio.)

VOZ (Dentro.) ¡Eh! Pradilla... ya era hora... bajar, bajar aquí.

REB (Idem.) Allá vamos.

ESCENA VII

DICHOS menos REBOLLO y VILLALÓN. Después GREGORIA

SAL. (Después de cerrar el balcón.) ¿Opinas efectivamente que no habrán oído nada?

SOFÍA Sin duda... habrán estado distraídos con los cuadros... pero si quieres podemos hacer una prueba para ver si se oye.

SAL. ¿Cuál?

SOFÍA Yo entraré en la galería, tú llamas y hablas con la criada de cualquier cosa.

SAL. No me parece mala idea.

SOFÍA Pues llama. (Se oculta en la habitación de la izquierda. Salvatierra toca timbre.)

GREG. (Saliendo por la derecha.) ¿Llama el señor?

SAL. Sí. Acérquese más. ¿Le ha dicho á usted la señora si piensa salir esta tarde?

GREG. (Recordando que la ha mandado hablar en voz baja en la primera escena. Muy misteriosamente.) A mí no me ha dicho nada, pero puede que al cochero...

SAL. ¿Quiere usted hacer el favor de alzar más la voz?

GREG. Como hace poco me dijo el señorito que no gritara tanto.

SAL. Bueno, pero... ni tanto ni tan poco. Hable usted en un término medio.

GREG. Es que... no sé cómo hablar en un término medio, señorito.

SAL. Usted contéstema. ¿Va á salir la señora ó no?

GREG. (Volviendo á levantar demasiado la voz.) Ya le he dicho al señor...

SAL. (Dando un puñetazo en la mesa.) Grita usted demasiado...

GREG. Pero señorito...

SAL. (Incomodado.) Basta. Márchese usted.

GREG. ¡Cualquiera acierta. (Vase.)

SOFÍA (Saliendo.) No hemos hecho nada.

SAL. ¿Qué. . se oye?

SOFÍA Algunas cosas desde la acera de enfrente, otras quedan dudosas. No os habéis puesto en el tono justo de una conversación.

SAL. ¿Pero tú crees que con esa majadera hay quien se ponga á tono?

SOFÍA ¡Bah! Creo que no debemos preocuparnos. ¿Qué interés pueden tener esos infelices en nuestros asuntos? Vinieron á pasar al andamio por el balcón, vieron la galería...

GREG (Entrando.) Señorito.

SAL. ¿Qué ocurre?

GREG. Una señora vestida de luto... (Transición.) ¿Quiere el señor que grite más ó menos?

SAL. Ya no me importa.

GREG. ... Vestida de luto, pregunta por usted.

SOFÍA Ella.

SAL. Pásela usted en seguida. (Mutis Gregoria.) Y tú retírate. No me conviene que estés presente.

SOFÍA (Haciendo mutis primera izquierda.) Astucia, Jorge.

SAL. Descuida.

ESCENA VIII

SALVATIERRA y ELENA por la derecha. Viste de alivio de luto y representa tener unos cuarenta años de edad

SAL. Pase usted, querida cuñada, y perdone que la haga venir. Ciertos asuntos no se pueden tratar en una casa de huéspedes. Requieren la confianza absoluta de la casa propia... Siéntese.. (Se sientan.) ¿Qué?... ¿Cómo van esas fuerzas?

ELENA No me siento mejor. Ha sido tan brusco el cambio de clima...

SAL. Indudablemente, esa es una de las causas principales.

ELENA ¿Y su esposa?

SAL. Salió.

ELENA ¡Ah!... ¿No está en casa?

SAL. No. Ha ido á devolver unas visitas. Ya hablé con ella y tiene grandes deseos de conocérla, pero sobre todo, su alegría inmensa sería tener al lado á mi sobrina... ¿dice usted que estaba para casarse?

ELENA Sí. Con un joven honrado que la quiere con delirio.

SAL. ¡Bah! Para mi sobrina han cambiado las cosas. Aquí la presentaremos en el gran mundo, su posición le da derecho á esperar un enlace ventajoso.

ELENA Mucho le quiere...

SAL. Bien, pero como él no ha de seguirnos... la ausencia irá enfriando ese cariño; luego la alegría de verse junto á usted...

ELENA (Con algo de intención.) ¿Y piensa usted marchar pronto por ella?

SAL. ¡Ah, en seguida! En cuanto deje á usted instalada en Villa-Sofía, partiré. Quiero llevarme la tranquilidad de que su salud...

ELENA (Irónica.) Sí, sí, lo comprendo. Yo estoy delicada, delicadísima. Los sufrimientos que me causó la conducta de su hermano... el abandono... el viaje... Allí me atenderán, me cui-

darán... pero quién sabe... estoy tan delicada... ¿No es verdad?

(A medida que Salvatierra oye á Elena repetir sus palabras anteriores va reflejando en su cara el asombro que le producen.)

SAL. ¿Cómo?

ELENA Por otra parte, usted va á emprender un viaje al interior del Brasil y recogerá á la huérfana... pero un viaje así está lleno de incidentes y peligros... hay que atravesar caminos sembrados de bandidos... el clima es mortífero, y aun salvándose de todo, aquí mismo, en Madrid, hay cornisas que se caen, automóviles que atropellan...

SAL. (Levantándose como indignado) ¿Qué dice usted?

ELENA (Levantándose rápida y con energía.) Digo que me había equivocado. Que fiada en su falso cariño le firmé un documento concediéndole cierto plazo; que dispuesta á revelarle el paradero de mi hija, venía decidida á confiársela á usted, sin sospechar sus criminales intenciones.

SAL. (Levantando la voz.) ¿Usted me acusa... me ofende en mi casa?

ELENA (Elevando la suya) Sí, le acuso. Usted trata de hacer desaparecer á los herederos de su hermano Ricardo.

(Durante el resto de la escena Salvatierra va avanzando hacia Elena, y esta retrocediendo hasta encontrarse muy próxima al balcón.)

SAL. Silencio, señora. Pudieran oirla, y como ignoran el terrible padecimiento de usted, acaso creyeran...

ELENA (Asombrada.) ¿Mi padecimiento?

SAL. Pero usted curará, yo se lo prometo. Esas locuras suelen ser pasajeras...

ELENA ¿Qué nueva infamia intenta usted? ¿Yo loca?

SAL. Sí, usted loca, y no saldrá usted de esta casa. Personas de mi confianza se encargarán de conducir á usted... (Mientras dice esto toca el timbre.)

ELENA (Aterrada y tratando de salir, lo que evita Salvatierra interponiéndose ante ella.) No... no, déjeme usted.

(En este momento un cristal del balcón se rompe, una

mano que por el hueco asoma abre la falleba y la hoja y entran Rebollo y Villalón.)

REB. ¿Llamaba el señor?

SAL. (Esforzándose en recobrar su serenidad.) ¿Lo habían oído todo, verdad?

VILL. (Fingiendo candidez.) ¿Tú has oído algo, Rebollo?

REB. ¡Yo qué voy á oir!... Lo que te digo es que ese cuadro si no es de Goya es de un primo suyo.

SAL. Basta de farsa...

GREG. (Por la derecha.) ¿Llamaba el señor?

VILL. Sí. Avise usté al vidriero, que se ha roto ese cristal.

(Gregoria hace mutis. Salvatierra hace ademán de de tenerla.)

REB. (Interponiéndose.) No conviene dar escándalos.

VILL. ¡Una casa tan acreditada como esta!

REB. Son disgustillos de familia.

VILL. (Ofreciendo el brazo á Elena.) Cuando usted quiera, señora.

SAL. (Ya repuesto.) ¡Ah!... ¿se marcha con ustedes?

REB. Por no dejarla sola... como la pobre está loca...

SAL. Bien. ¿Me desafían ustedes? Pues acepto el reto.

REB (A Villalón.) ¿Tú le desafías al señor?

VILL. Yo lo que te digo á ti es que...

ELENA Tiene usted tres meses de plazo, señor Salvatierra.

VILL. (Saludando afectuosamente.) Aprovechamos esta ocasión.

REB. Fermín Rebollo...

VILL. Paco Villalón...

REB Cava Baja, treinta y seis... piso décimo...

VILL. (A Rebollo.) Espera un momento. (A Salvatierra.) Es una porfía. Ese cuadro del rincón, ¿es Goya de veras ó Goya *ful?*

SAL. Es auténtico. Ya tendré el gusto de convencer á ustedes.

VILL. Millón de gracias.

REB. Hasta la vista.

VILL. (Saliendo, á Rebollo.) Tú... ¡*cuidao* con las cornisas! (Telón.)

Intermedio musical número 1

CUADRO SEGUNDO

Telón corto representando una bohardilla. A la derecha puerta de entrada practicable. A la izquierda en primer término, ventana que figura dar al tejado. A continuación un trasto que simule un fogón. Colgado de la pared del foro un lienzo en el que se ve dibujado y empezado á dar color, pero con tonos chillones y ridículos un asunto que quiere ser «La muerte de César por Bruto». (Un romano asesinando á otro en las gradas del Capitolio.) Un almanaque de pared muy viejo y todos los demas detalles característicos, á gusto del pintor. El mobiliario se compone de un sofá de anea lo más viejo posible, una silla baja y rota, una maleta vieja, una mesa de pino en muy mal uso. Sobre la mesa una botella que sirve de candelero á una vela de esperma, cacharros de pintura, pinceles; sobre el fogon dos tazas sin asa y cuatro platos desportillados. Una jaula con un mirlo cuelga cerca de la ventana. Al levantarse el telón Elena, echada en el sofá, duerme. Por cabecera tiene un montón de trapos y se cubre con una manta vieja llena de agujeros. Villalón, con un soplillo en la mano, está encendiendo la lumbre en el fogón.

ESCENA ÚNICA

VILLALÓN, soplando; ELENA, tumbada, y después REBOLLO

VILL. Na... que no arde, y esto es culpa de Rebollo, que como apaga los carbones metiéndolos en un puchero con agua para que vuelvan á servir... ahora hasta que suelten la humedad... Bueno, este mes pase porque quedan existencias, pero desde el primero del que viene pongo el *coque*. (Sigue soplando.)

REB. (Por la derecha. Lleva un puchero tapado con un papel y un lío con una rosca y chicharrones. En voz muy alta.) Ea, ya estoy de vuelta.

VILL. ¡Chist! (Haciéndole señas que hable bajo.)

REB. ¿Qué pasa?... ¡Ah, vamos! (Mirando á Elena.) Se ha quedado vencida... ¡Pobre señora!

VILL. ¿Has encontrao el caldo?

REB. De gallina auténtica, y fíjate en la grasa...

se pué cortar con tijeras. Me han dicho en la taberna que es especial pa enfermos.

VILL. No te fíes.

REB. Por lo menos todo el que lo toma allí está malo.

VILL. Bueno. Trae que lo caliente.

REB. Ahí va. (Le da el puchero.)

VILL. Supongo que se te habrá ocurrido traer algo más, porque con una taza de caldo no va á estar la pobre señora.

REB. ¡Natural, hombre! He traído una rosca y pa encima del caldo, fíjate qué cuarterón de chicharrones. (Se los enseña.)

VILL. ¡Pero hombre!... Chicharrones con el disgusto que tiene...

REB. Es lo más estomacal que he encontrao, porque, chico, los langostinos á cuatro pesetas no hay quien los digiera.

ELENA (Suspirando.) ¡Ay!

VILL. ¡Eh!... ¿se despierta?

REB. No. Ha sido un movimiento nervioso.

VILL. Bueno. Vete lavando una taza, que esto va á estar.

REB. ¿Cuál lavo? ¿Esta de Sevres ó la de China? (Enseñando dos tazas muy rotas.)

VILL. La que esté más presentable.

REB. Según donde la quieras presentar; pero no creas que están para dar un te.

VILL. No seas pelma, que quiero que cuando se despierte lo tenga todo preparado.

REB. De mantelería nos va á tener que dispensar.

VILL. Podías haberle pedido una servilleta á la portera.

REB. Sí, en eso me iba yo á entretener, pa que me diera otra vez el recibo. ¡*Miá* que es exigente!... ¡estando á veintiocho como estamos!...

VILL. Y no debiéndola más que tres meses y uno de ellos Febrero, que está cada vez más *mermao.*

REB. (Limpiando una taza.) Oye, ¿y te ha dicho algo más mientras yo he salido?

VILL. ¿Que si me ha dicho?... Me ha cogío las manos y me las ha besao.

REB. ¿A tí?... sí que es agradecida.

VILL. Y ha jurao que el día que coja la herencia no nos hará falta na, y si queremos ir á Roma iremos á Roma.

REB. ¿De veras?... ten cuidao no vaya á hervir... ¿Conque á Roma?... (Dirigiéndose al cuadro.) ¡Ah!... allí te acabaré en tú misma cuna. ¿Verdad, Villalón, que la figura de César está muy propia?

VILL. No está mal... pero ese Bruto no me convence.

REB. Ni á mí. Y en eso está el mérito precisamente. Un Bruto no pué convencer á nadie.

VILL. Además nos va á poner un estudio á cada uno.

REB. ¿Un estudio?

VILL. Con toda clase de comodidades y hasta con modelo... yo ya he pensao en el estudio aquel que vimos en el paseo del Obelisco.

REB. Lo que es ese del Obelisco es pa un servidorito.

VILL. Perdona, Rebollo.

REB. Pídeme lo que quieras, pero no me quites ese estudio ó tenemos un ligero disgusto.

VILL. Pues lo tendremos, porque á mí no me avasallas tú.

REB. Ni tú á mí. Y además me llevo de modelo á Julia la horchatera.

VILL. Hombre, sí que tiene gracia; también me sustraes la Julia... y pa mí la chica de la portera ¿verdad?

REB. ¿Y qué tiene la chica de la portera pa que la desprecies? Quítala los sabañones de las orejas, depílala el bozo que lo tiene bastante poblado, ponla los dos colmillos que la faltan, colócala en una postura que no se la note la mieja de chepa y... Venus saliendo de la espuma del mar...

VILL. Que iba á salir... pa hacer el ridículo...

REB. Pues te buscas la que quieras porque después de todo... ¡pa lo que pintas!

VILL. Doble que tú.

REB. ¡Villalón!...

VILL. ¡Rebollo!... (Movimiento de Elena.) Venga la taza.

¡Ah!... oye tú ¿has hecho el encargo que te dió para la casa de viajeros donde vivía?

REB. Sí.

VILL. ¿Y no traes lo que te dijo?

REB. ¿Lo que me dijo?... más vale que no lo sepa hasta que tome el caldo.

VILL. ¿Ha pasao algo?

REB. Cuando te digo que quiero que se tome el caldo antes...

ELENA (Despertando.) ¡Qué pesadilla tan terrible!... ¡Ah! ¿están ustedes aquí?...

REB. Sí, señora. Nosotros y el caldo.

VILL. Y que ahora mismo que quiera usté que no, se va á tomar esta tacita.

ELENA ¡Pobres muchachos! (Intenta coger la taza.)

VILL. No... no busque usté el asa...

REB. Las compramos así pa evitarnos la molestia de colgarlas.

ELENA (A Rebollo.) ¿Hizo usted mi encargo?

REB. Sí, señora, pero beba usted ..

ELENA ¿Recogió usté los papeles y las cartas?...

REB. Los... sí... ande, ande... otro chupito...

ELENA ¿Dónde están?

REB. Pues mire usted, señora... la verdad... yo no quería darla á usted la noticia, pero...

ELENA Acabe usted... todo lo espero de ese hombre...

REB. Sí, señora, ese hombre ha debido ser... ¿ve usted como hemos hecho bien en traerla aquí y no dejarla volver á esa casa?

VILL. ¿Pero qué ha pasao?

REB. Que el dueño de la casa á quien entregué el dinero y su carta me pasó á sus habitaciones, y ni en la maleta que estaba abierta, ni en la mesa, ni en ninguna parte hemos encontrado los papeles ni las cartas de su hija. Lo demás estaba todo.

ELENA Pero la doncella sabía...

REB. La doncella ha desaparecido llevándose su ropa sin despedirse. Pa mí que estaba comprada.

VILL. Y apuesto la cabeza á que está ahora mismo con su cuñado de usted.

REB. Me parece que le estoy oyendo. «Con dinero se compra hasta la casualidad.»

VILL. Yo creo que debíamos ir á la Comisaría y dar parte.

ELENA ¿Y qué adelantaríamos? ¿que detuvieran á la criada?... ¿un proceso?... todo lo que ustedes quieran .. pero por lo pronto mi cuñado ya conocerá por las cartas el paradero de mi hija y... no... no... es preciso que marche inmediatamente, sin perder un momento. Por ahora la lucha con ese hombre es imposible.

VILL. ¿Y si nosotros contáramos la conversación que oímos?...

ELENA ¿Cómo lo probarían? Hasta es posible que fueran á la cárcel si él demostraba que entraron por el balcón... Nada, nada, lo urgente es salvar á mi hija. Luego ya veremos.

REB. ¿Y esos documentos?...

ELENA Eran copias fáciles de sacar nuevamente. ¿El correo de Barcelona sale á las siete según creo?

VILL. Ahora preguntaremos.

REB. Son las seis.

ELENA Pues no tengo tiempo que perder. (Dándoles las manos.) Amigos míos.

VILL. ¿Pero se va usté á ir sola?

REB. ¿Sola?... ¿con un tío que compra las casualidades?...

ELENA Es necesario. Dios me amparará.

VILL. Usté no se va sola, ¿verdá, Rebollo?

REB. Usté nos factura como frágiles á los dos ó nos lleva como dos perros debajo del asiento y por lo menos hasta que embarque no la dejamos.

ELENA ¡Cuánta generosidad!

VILL. No crea usté que lo hacemos por el estudio, ni por la modelo... pero... vamos, es que nos daría rabia que ese tío... (Enternecido.) ¿verdá, Rebollo?

REB. Villalón (Emocionado.) me vas á hacer que se me salten las lágrimas y... como no estamos muy bien de pañuelos...

VILL. Crea usted que si tuviéramos dinero la acompañaríamos á usté hasta el fin del mundo... pero con lo que tenemos no pasábamos de Getafe...

REB. Después de todo, pa lo que dejamos aquí... mire usté... ese mirlo... Moreno Carbonero que le llamamos, y el gato... Sorolla...

VILL. Esos son todos nuestros cariños.

ELENA Sin embargo, sería en mi cruel exponerles á ustedes á la venganza de mi cuñado.

REB ¿Pero usté cree que él nos perdona lo que hemos hecho?

ELENA Pues bien... acompáñenme ustedes hasta Barcelona nada más. Ya en el barco no creo que haya peligro.

REB. ¿De veras? Tú, Villalón, vamos á hacer nuestro equipaje.

VILL. Pronto está. ¿Qué quieres primero?... ¿la ropa blanca?

REB. Lo que sea, pero venga.

VILL. (Dándole las prendas.) Cuellos, cuatro; dos pa cada uno.

REB. (Metiendo en la maleta la ropa.) Quita y pon.

VILL. (Dándole dos camisas viejas.) Camisas, dos.

REB. Quita nada más.

VILL. Pañuelos. Una docena incompleta. (Le da tres.)

REB. No me das más que tres.

VILL. Por eso es una docena incompleta. Calcetines, uno.

REB. ¿Pero no hay más que uno?

VILL. Uno.

REB. Pues uno que va sin calcetines.

ELENA No se apuren; yo me encargo de equiparles.

VILL. ¿También eso?

ELENA No faltaba más.

VILL. (A Rebollo.) Oye. Abrigo de pieles no pondremos, porque para Barcelona... (Le va dando más prendas.)

REB. Anda... venga lo que sea.

VILL. La manta de viaje la llevaremos á la mano, ¿eh? (Por la que cubría á Elena.)

REB Bueno. ¡Qué lástima que no sigamos hasta el Brasil!

VILL. ¿Por qué?

REB. Porque esta manta está pidiendo que la lleven á las Américas. (Cerrando.) Ea, ya esta-

mos. (Repara en la botella y en la vela y cogiéndola dice:) ¡Ah... tú! Hay que avisar á la compañía de luz eléctrica que corte la corriente hasta que volvamos.

VILL. No digas tonterías.

ELENA (Sonriendo.) ¡Qué buen humor!

VILL. Cuando usted quiera.

REB. Un momento. (Mira por debajo de los muebles.) ¿Dónde estará Sorolla para despedirnos de él?

VILL. ¿Dónde ha de estar? Donde siempre.. en el tejao... nos ha salido un don Juan Tenorio.

REB. (Acercándose á la ventana.) ¡Ah, sí!... Allí le veo, ¿no es aquél?

VILL. El mismo.

REB. Tú, Sorolla... ¡que nos vamos!... la portera te subirá la cordilla... ¿sabes?... Adiós... (Se oye dentro un maullido de gato.) no... cuestión de cuatro ó cinco días... puedes acabar esa chapuza. En marcha.

ELENA Sí, vamos.

(Ella se pone el velo, ellos los sombreros, cogen la maleta y se dirigen todos á la puerta, y en el momento de abrirla, al ir á salir, se oyen en la calle el ruido producido por la sirena y la bocina de un automóvil que se aproxima tocando repetida y fuertemente. Rebollo sujeta á Elena.)

VILL. ¡María Santísima!

REB. ¡Chist!... ¡quietos!

(Los tres escuchan anhelantes, se deja oir la sirena más lejana cada vez como si hubiese pasado.)

VILL. Ya pasó.

REB. Vamos. (Hacen mutis los tres.)

(Queda el teatro completamente á obscuras y al dar luz aparece el cuadro tercero.)

Intermedio musical número 2

CUADRO TERCERO

El teatro representa el muelle de desembarque en Río Janciro. En el fondo la bahía. Los primeros términos representan una plaza. En los segundos términos las escalerillas del muelle, barcos, lanchas atracadas, etc., etc., á gusto del pintor. A la derecha del actor un gran café con sillas de mimbre, veladores, etc., á la puerta, ocupando parte de la escena. En segundo término, calle. A la izquierda, en primer término, frente al café, una taberna que también tiene á la puerta mesas y taburetes de madera. En segundo término calle y á continuación empieza á verse el edificio de la Aduana. Al levantarse el telón, Arabella y Tila están sentadas ante los veladores de la taberna, visten de tziganas lujosas y están rodeadas de cuatro tziganas más. Estas conviene que sean bailarinas para utilizarlas al final. En otras mesas, cinco ó seis hombres con el traje del país y algún mulato. Se ha de notar hasta que suene la campana mucho movimiento en el muelle. Trabajadores, negros, indios, etc., etc., van y vienen desde el muelle á la Aduana. Pizzicato viste el traje de aldeano italiano del día. Sombrero versaglieri y melena. Pasea impaciente, fumando una gran pipa.

ESCENA PRIMERA

PIZZICATO, ARABELLA, TILA y acompañamiento

PIZ. ¡Corpo di Baco!... non capisco qüesta manca de serietá... sono le due meno cinque. (Consultando el reloj.) é nessuno... ¡mi sorprende! ¡Pecatto per che questo non é un afare píccolo... má no... é un grandísimo afare!

ARAB. ¡Venga otra botella de Oporto! Hoy quema el sol más que nunca...

TILA Y ya que el jefe no se ocupa hoy de nosotras, debemos aprovechar lo mejor posible esta holganza.

TODOS (Gritando.) ¡Eh!... amo .. más vino.

TILA Un frasco de curasao... (El tabernero les sirve. Cruza la escena un policía brasileño, se detiene junto á los bebedores y los contempla haciendo gestos como si dijese «mal va á acabar esto.» Después hace mutis.)

PIZ. (Acercándose al grupo.) Bada á te... state attento con lo que se bebe... ya sabeis que las borrachieras si pagan luego en el posto di policía ó en prisiones... ó denaro ó cárcel...

ARAB No tenga cuidado, señor Pizzicato. Somos fuertes.

PIZ. Tú, Arabela, ascóltami.

ARAB. ¿Qué quiere, señor?

PIZ. Si é presentato un negocio molto interesante... io vado á tratare súbito con un certo signore que espero quí. Fátemi el piacere de non alejarse troppo. Tendré presto necessità de vosotras probabilmente. Entrate á la taberna é sperátemi la.

ARAB. Está bien, señor. (A las demás) Compañeras, venid conmigo. El jefe nos va á necesitar en seguida.

TILA Me alegro. Gracias á Dios. Ya me cansaba de estar tanto tiempo mano sobre mano. (Entran en la taberna seguidas de todos los bebedores.)

PIZ. (Viéndolos entrar.) Io sono la testa que piensa é lei el braccio essecutore... ma qüesta tardanza é irritante.

ESCENA II

PIZZICATO. En seguida SALVATIERRA por el café. Va disfrazado. Su traje es adecuado al país tropical en que se halla; de kaqui. Va completamente afeitado. Llevará una peluca rubia muy clara. En todos los detalles se procurará que resulte un tipo completamente opuesto y distinto del Salvatierra banquero del primer cuadro aunque en algunos momentos le recuerde

SAL. (Viendo á Pizzicato.) Este debe ser mi hombre. Veamos. (Se acerca lentamente á Pizzicato. Los dos se miran un momento.)

PIZ. Signore ..

SAL. Caballero... (Digámoslo así...) ¿Eres por casualidad el amigo de que me ha hablado Juan Nepomuceno?

PIZ. (Quitándose el sombrero y haciendo una exagerada reverencia.) Lo stesso signore, lo stesso... Con-

tardo Lupini é el mio nome... ma tutta la gente mi chiama Pizzicato.

SAL. Pizzicato... eso es.

PIZ. Sono ai sui ordini. ¿Io ché posso esserle útile?

SAL. Un momento. No domino el italiano y me parece que tu entiendes el español.

PIZ. ¡Oh, signore! Certamente. Pizzicato habla tuttas las lenguas. Le es necesario per la sua profesione. ¿El signore é español?

SAL. Sí.

PIZ. ¡Oh! la España é un paese que io conosco é que io amo. La patria de Cervantes, de Prim, de Napoleone..

SAL. Bien, bien; me felicito porque así nos entenderemos más fácilmente; y ahora al asunto. El «Miguel López» ¿llegó?

PIZ. Hace una hora. La sanitá é la aduana están á bordo. No tardarán los viajeros en desembarcare.

SAL. Bien. Entre esos viajeros vienen dos españoles. Uno de ellos trae una carta que necesito. ¿Te será fácil apoderarte de ella?

PIZ. (Fingiendo escandalizarse.) ¡Signor... má... un robo!

SAL. (Sonriendo.) Sí, un robo. Supongo que Juan Nepomuceno te diría que estoy dispuesto á pagarte el servicio espléndidamente. (Sacando un billete.) ¿Te basta esto?

PIZ. ¡Mille liras!

SAL. Pesetas. ¿No te gusta el dinero español?

PIZ. ¡Oh, mío caro! A mi me gusta el denaro de tuttas las naciones.

SAL. En ese caso...

PIZ. Io vi prometo la carta sicuramente.

SAL. Además, una vez en mi poder la carta, necesito que busques la manera de retener á los dos en Río Janeiro un par de días.

PIZ. ¡Oh... eso es pui dificile, signore!... perche la persona é libre come la gaviota, come la liebre, come...

SAL. (Sacando dos billetes.) ¿Y si á las mil pesetas añadiese estas otras doscientas?

PIZ. ¡Ah!... allora é altra cosa... perche la liebre

é libre... ma llega il cacciatore é pum... la mata.

SAL. Entonces...

PIZ. El signore stará tranquilo. Mis muchachas Arabella é Tila serán encargadas de tutto. Io vado á chiamarlas...

SAL. No. No tan deprisa. Antes quiero hablar con ellos. Si al acabar la conversación saco un cigarro y le enciendo, será señal de que debes cumplir lo convenido. No nos pierdas de vista.

PIZ. Incomincian á desembarcare los pasajeros. (Suena una campana.)

SAL. Pues aléjate y observa. (Mutis segunda izquierda.)

PIZ. A rivedersi, signore. (Saluda profundamente y hace mutis por la taberna.)

ESCENA III

Procedentes del muelle salen algunos pasajeros vestidos de diferentes maneras, marinos, militares, paisanos, algunas señoras, etc., etc. Unos entran en el café, otros en la taberna, otros cruzan el foro. En el grupo se ve á REBOLLO y VILLALÓN. Visten trajes de dril, los cuales por su estado y corte se nota que les han comprado hechos en algún bazar. Sombreros de paja, maletines y una cartera de viaje cruzada en bandolera con una correa. Rebollo trae del brazo á Villalón, que viene mareado y apenas se sostiene. Un CAMARERO y después SALVATIERRA

REB. Vamos, Villalón... sé hombre... anímate... ya pisamos tierra... Estás en Río Janeiro.

VILL. ¡Ay, Rebollo!... que esta tierra se mueve también... que cabecea...

REB. Eso es del mismo mareo que te dura todavía... y luego como apenas has comido... miá que estar desde ayer con dos sardinas y una chirimoya...

VILL. Cualquiera puede comer con el balanceo... eso no es un barco... eso es una machicha sobre las olas...

REB. No exageres, hombre... ese es un movimiento.. ¿sabes?... del mismo barco... de la misma agua... hombre, mira... aquí hay un

café... aquí te vas á poner como nuevo... te tomas un tente en pie... porque, chico... es que no te tienes...

VILL. Yo lo que tengo es un hambre canina.

REB. Pues ala... á sentarse.

VILL. Oye... ¿tendrán algo caliente?

REB. Aquí lo que pué que no tengan na es frío... menudo climita... Bueno, ¿y esta gente qué hablará?... ¿el brasileño?...

VILL. ¿No has oído en el barco que el portugués y el español?

REB. Vamos á ver. (Llamando.) ¡Camareiro!... ¡Camaleiro!... mozo... garzón... ¿eh?... fíjate en las lenguas que domino.

CAM. (Saliendo por el café.) ¿Qu'est que vous vouler?

REB. ¡Atiza!... me ha matao... pues yo... volo... vulo...

CAM. ¿Los señores son españoles?

REB. Natural, hombre... Yo de Fuencarral y este de Hortaleza... somos paralelos.

CAM. Por muchos años. ¿Y los señores desean beber ó comer?

VILL. Las dos cosas, porque no hay otra... pero algo caliente.

CAM. ¡Ah! tenemos de todo. Carta y cubierto. El cubierto se compone...

VILL. ¡Ca! El cubierto se descompone en cuanto me lo pongas delante.

REB. No nos lo digas... preferimos la sorpresa.

CAM. ¿Querrán vino español?

REB. No, del país. ¿No te parece, Villalón?... hay que ir haciendo nuevas amistades.

CAM. Es un poco fuerte.

REB. Aunque sea Sansón. Ahueca, mozo.

CAM. Al momento serán servidos. (El Camarero hace mutis y va sirviendo la comida durante la escena siguiente.)

REB. (A Villalón.) ¿Pero en qué estás pensando, hombre?

VILL. En la vuelta. Yo no me embarco más, Rebollo.

REB. Pues tú verás. En bicicleta no se pué volver.

VILL. ¿Pero es que no hay manera de que el barco se esté quieto?

REB. ¡Como no vaya cargao de cloroformo!

SAL. (Acercándose y saludando.) Señores...

REB. (Sorprendido.) Servidor... (A Villalón.) ¿Quién será este compatriota?

SAL. ¿Qué tal? ¿Se ha hecho buen viaje?

VILL. Bueno.. (Comiendo.)

SAL. ¿Han traído buena mar?

REB. Buena. (Comiendo)

SAL. ¿Y por lo visto hay buen apetito?

VILL. Bueno.

REB. Bueno... pero, ¿se puede saber?...

SAL. ¿Quién soy? Nada más justo. Precisamente les estaba esperando.

REB. ¿A nosotros? ¡Carape! (A Villalón.) Oye, ¿tú has *cablegrafiao?*

SAL. Sí. A usted, señor Rebollo, y á usted, señor Villalón.

VILL. ¡Pero que nos conoce al dedillo!

REB. ¿Habrá *publicao* el *Nuevo Mundo* nuestro retrato?

SAL. Les esperaba á ustedes para cumplir un encargo del banquero don Jorge Salvatierra.

REB. ¡Ah, sí!... íntimo amigo nuestro.

VILL. Días antes de salir estuvimos en su casa... por cierto que están de obra.

SAL. Soy primo hermano suyo y corresponsal de su casa en Río Janeiro.

REB. Ya decía yo que se daba usté un aire á alguien que creo recordar... Fíjate, Villalón, ¿verdá que tiene un aire?

VILL. Un airecillo. (Come vorazmente sin hacer caso.)

REB. ¿Y qué encargo es ese?

SAL. Abrirles á ustedes en mi casa un crédito ilimitado.

REB. ¿Has oído? Nos quiere abrir en su casa.

VILL. (Sin hacer caso.) ¿Sabes que esto está bueno?

REB. Ya pareces otro.

SAL. Ustedes salieron de Madrid hace seis semanas acompañando á la señora viuda de Salvatierra que debía embarcarse en Barcelona.

REB. (A Villalón.) ¿Pedimos queso?

SAL. La señora cayó gravemente enferma en la Ciudad Condal hasta el extremo de no po-

der embarcar y entonces comisionó á ustedes para que viniesen por su hija.

VILL. Es interesante lo que nos cuenta, ¿eh?

SAL. Entregándoles una carta en la cual recomienda á su hija que les siga y obedezca en todo. ¿No es esto?

REB. (Volviéndose á Salvatierra.) Aquí debe haber buena fruta, ¿verdad?

SAL. Ustedes pueden disimular lo que quieran, pero escuchen un consejo.

VILL. Hombre, atiende al señor, que al fin y al cabo es primo de un amigo nuestro.

SAL. He aquí el consejo. Ustedes han hecho mal mezclándose en este asunto que ningún provecho les ha de reportar, exponiéndose en cambio á muchas contrariedades. Vuélvanse á España.

REB. Este no puede.

SAL. Vuélvanse, repito. Denme la carta y á cambio de ella pidan lo que quieran.

VILL. Pediremos café.

SAL. (Comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos.) Está bien. He cumplido el encargo y no tengo más que manifestar á ustedes. (Saca la petaca, y enciende un cigarrillo. Pizzicato que habrá estado espiando de un modo visible para el público, al observar la seña llama á Arabella y Tila que salen de la taberna; figura que habla con ellas, y se sientan en un velador de la taberna frente á los pintores.) Señores. (Hace mutis; los pintores le hacen una reverencia cómica y vuelven a sentarse.)

ESCENA IV

REBOLLO, VILLALÓN, ARABELLA y TILA

VILL. ¿Qué te parece el banquerito... lo que nos preparaba?..

REB. No será lo último. Hay que estar con *cuidao.*

VILL. ¿Sabes que este vinillo del país entona?

REB. (Bebiendo.) Tiene más cuerpo que el de Arganda, ¿verdad?

VILL. Te diré. (Bebe.) Así al principio parece Valdepeñas.

REB. ¿Valdepeñas?... ¡quita, hombre!... Arganda... y si no fuera tan seco apunta más á Cariñena.

VILL. ¿A Cariñena?... ¡que va á ser Cariñena esto!

REB. Voy á ver si estoy yo *equivocao*... (Bebe.) Ya sé á lo que sabe.

VILL. ¿A qué?

REB. A poco.

(Arabella y Tila han encendido dos cigarrillos turcos y fuman mirando á Villalón y Rebollo con picardía.)

VILL. (Fijándose en ellas.) Rebollo... tú, que dominas más la figura, vuélvete con disimulo y verás que dos odaliscas pa un boceto.

REB. (Vuelve la cara un poco y se fija en ellas.) Sí que tienen una reproducción...

VILL. Y que casi no había que tocarlas, ¿verdad?

REB. Te diré. La postura no me disgusta, pero...

(Arabella y Tila les dirigen sonrisas insinuantes.)

VILL. ¡Ay, Rebollo!... que me parece que las vamos á tener que reproducir..

REB. Y pa mí que son forasteras...

VILL. Mejor. *Pa* dos pintores dos paletas.

REB. Anda... salúdalas...

VILL. Pero... ¿y si?...

REB. ¡Ah! ¿no te atreves?... dame vino y verás.

(Le sirve un vaso grande que se bebe de un trago. Rebollo vuelve á fijarse en ellas y las saluda cómicamente. Ellas le contestan sonrientes.)

VILL. Pan comido.

REB. Cállate que me voy á dejar caer. (A las muchachas.) ¿Son ustedes de la Metrópoli ó de allende los mares?

ARAB. Somos de Oriente.

TILA De Trebisonda.

REB. ¡Vaya un par de trebisondistas!... ¡Olé!

VILL. ¡Olé!

ARAB. Muchas gracias.

REB. ¿Pero viven ustedes aquí en Río?

ARAB. Nuestra vida es nómada... hoy somos de aquí y quién sabe dónde nos alumbrará el nuevo sol...

VILL. ¡Pobrecillas!... no tienen un alumbrao seguro.

TILA Cantamos... bailamos...

ARAB. Y á veces los artistas nos reclaman para copiarnos en sus cuadros.

VILL. (Con alegría.) ¡Dos modelos, Rebollo!

REB. Voy á tener que poner á la Julia en mitá de la calle.

VILL. ¿Quieren ustedes acompañarnos á tomar una copita?

ARAB. Si ustedes lo desean, ¿por qué no? (Se levantan y se van á la mesa de los pintores.)

VILL. (A Rebollo.) Cayó combinación.

REB. ¡Una modelo oriental! ¡La rabia que nos va á tener Villegas!

TILA ¿Ustedes son españoles?

VILL. Ibéricos, sí, señora. Este de Fuencarral y yo de Hortaleza.

ARAB. ¿Y eso está muy lejos?

REB. Diez céntimos desde la Puerta del Sol. ¿Pero qué van ustedes á tomar?... ¡Mozo!

CAM. (Saliendo.) ¿Qué desean?

ARAB. Kumel.

REB. (A Villalón.) ¡Camará! ¿qué ha pedío?... (A Tila.) ¿Y usted?

TILA Kumel.

REB. Bueno... pues cuatro *kúmeles*... (Esto debe ser oriental.) (El Camarero vase, sirviendo en seguida.)

ARAB. ¿Y vosotros sois viajantes?

VILL. (Ofendido.) ¡Viajantes!... Somos artistas. Este pinta la historia y yo pinto la Naturaleza.

REB. (Con zalamería.) Y si ustedes quisieran... ¡es que abríamos una exposición!

ARAB. ¡Ay, ay, qué zalamero!

TILA ¡Zalamerísimo!

VILL. (A Tila.) Yo por usté dejaba la Naturaleza y me dedicaba al fresco.

TILA ¿Le gusta mi figura?

VILL. Más que usted se figura.

CAM. (Sirviendo.) El kumel.

REB. A beber.

VILL. (Al Camarero.) No te lleves la botella y repite. (El Camarero vuelve á llenar las copas. Rebollo y Villalón deben ir marcando sin exageración que empiezan á emborracharse.)

REB. Oye, preciosidad. ¿En tu tierra hay costumbre de bautizar á los que nacen?

ARAB. ¿Por qué lo dice?

REB. Para saber la gracia que te pusieron.

ARAB. Me llamo Arabella.

REB. ¡Arabella!... ¡eso es un nombre y no los que ponemos nosotros!... Críspula, Canuta, Timotea.

VILL. ¿Y tú, cielín?

TILA Yo me llamo Tila.

VILL. (A Rebollo.) Fíjate... Tila... ¡y con lo que yo padezco de los nervios!...

REB. Sí, pero no abuses, que deprime.

VILL. Con una mujer así se puen tener disgustos...

REB. Y que si ellas quisieran, iban á estar feamente en el paseo del Obelisco.

ARAB. ¡Ah!... ¿pero nos llevaríais con vosotros?

REB. Adonde queráis.

TILA A la España.

VILL. A la España... á la Cava Baja... y pa que no echéis de menos vuestra tierra nos mudamos á la plaza de Oriente. Y con eso y una pensión que os señalemos, os reis del Oriente y del Occidente y de los otros seis ó siete puntos cardinales.

ARAB. ¡Cuánta imaginación y qué rica fantasía!

REB. ¡Ay, qué rica!... Si no estuviéramos en mitad de la vía pública, ya verías tú canela...

VILL. ¿Y por qué no entramos en un cuartito del café á tomarnos unas copas de *champán*?... porque aquí habrá cuartitos y *champán*.

REB. (Levantándose.) ¡Has estao grandioso!... ¡acto continuo!

ARAB. (Idem.) El champagne es mi delirio.

TILA El champagne es un licor celeste...

REB. Adentro, adentro...

ARAB. (A Tila al entrar.) Son nuestros.

VILL. (A Rebollo idem.) Son nuestras. (Hacen mutis los cuatro por el café.)

ESCENA V

Apenas han entrado en el café aparece PIZZICATO por la taberna y en seguida SALVATIERRA

PIZ. Va bene, va bene, los espagnoles comienzan á perder la testa.

SAL. (Por segundo término.) ¿Qué?... ¿cómo va eso?

PIZ. Siamo en el momento colminante... si questa gente trae la carta será del signore...

SAL. ¿Por qué no has entrado tú?...

PIZ. Ya dije al signore que io me reservo lo stratégico.

SAL. ¿Has pensado en el medio de retenerlos aquí los dos días que te dije?

PIZ. Tutto, tutto si andará. Primieramente una cosa... doppo la altra. Io sono metódico. No conviene precipitare los avenimentos... ¡Pacienza!... ¡Flema!

SAL. ¿Pero habrás previsto?...

PIZ. ¡Sicuro!... Tutto lo stá punto por punto. Pizzicato no lascia niente á la casualitá, e salvo un avenimento desgraciado, Pizzicato triunfa.

SAL. Bueno, pues si llegase, que no lo espero, ese *avenimento* desgraciado ya sabes que yo no tengo nada que ver contigo.

PIZ. ¡Oh!... Io non conosco al signore para nada. (Hace un saludo.)

ESCENA VI

DICHOS y ARABELLA por el café con una cartera en la mano y un paquete de papeles. Sale corriendo

ARAB. Ahí va. (Se lo entrega á Pizzicato.) Vuelvo adentro antes que me echen de menos.

PIZ Má questo non é que los papeles... ¿é il denaro?

ARAB. No hemos podido hasta ahora hacer más. Son de los difíciles.

PIZ (Incomodado.) ¡Ah, torpe... é cento veces torpe!.. los papeles interesan al signore... má il denaro interesa á noi altri... Bene, bene... entrate é io dispondré que si debe fare.

SAL. ¿Siguen bebiendo?

ARAB. Sin cesar. (Hace mutis por el café.)

PIZ. (Entregando á Salvatierra los papeles.) Acomplita la prima parte.

SAL. (Examinando la cartera.) Veamos... sí... aquí... está la carta... (Lee rápidamente.) ¡Demonio!...

PIZ. ¿Non é quello que busca?

SAL. Sí, pero... debí figurármelo... la indica que siga á los portadores de esta carta... dos pintores honrados.. cita sus nombres... ¿á ver? (Registra la cartera.) Sí... las cédulas están aquí, pero...

PIZ. Il signore me alarma... sentiría que el colpo...

SAL. No temas. El éxito ha sido completo.

PIZ. (Con alegría.) ¿E vero?

SAL. Pero vuelvo á necesitar de ti.

PIZ. Tutto á la sua disposicione.

SAL. Tenemos que hacer un viaje penoso al interior del Brasil... ¿Puedes acompañarme?

PIZ. ¿Cuante lire?

SAL. Dos ó tres mil.

PIZ. Andiamo.

SAL. Espera. Tienes que pasar por uno de esos españoles.

PIZ. Comprendo... el signor é uno é io sono otro. Má si io parlo...

SAL. Descuida. Yo haré que no tengas que hablar una sola palabra. Hay que marchar en seguida.

PIZ. Vado á dare órdenes... (Se acerca á la taberna, llama y salen tres ó cuatro de los hombres que estaban sentados en las mesas. Simula que les habla, ellos hacen señales de asentimiento con la cabeza y se quedan paseando por la escena. Volviendo á Salvatierra.) Entráte qui, signore. (Se van por la taberna.)

ESCENA VII

VILLALON del brazo de TILA. REBOLLO del de ARABELLA. Están borrachos. Salen cantando lo mismo que en el primer cuadro cantan los pintores que trabajan en el andamio «Canta vagabundo», ó lo que se haya cantado

REB. Pues na.. convenido. Nosotros tenemos que hacer unos asuntos... cuestión de pocos días, y al volver nos embarcamos pa España.

ARAB. ¿No me engañas?

REB. Fermín Rebollo, palabra que da es un pagaré.

VILL. Tú no tengas cuidao, que has hecho tu suerte.

TILA ¿De veras?

VILL. Te lo dice Paco Villalón.

(Desde que empezó el diálogo, uno de los hombres de Pizzicato, á ser posible un negro, se ha ido acercando poco á poco á Villalón. Otro hace lo mismo con Rebollo. De pronto, y de un tirón, les arrebatan los sacos que llevan en bandolera figurando haber cortado ó roto la correa, que ya debe estar de antemano cortada y débilmente sujeta para que ceda al menor tirón. En seguida uno de ellos escapa corriendo. El otro trata de hacer lo mismo, pero Rebollo, que le ha sentido, le retiene por un brazo. Luchan un instante, pero el ladrón, más fuerte, logra escapar. Todo rapidísimo.)

REB. ¡Ah, ladrón!

VILL. ¡A ese!... ¡á ese!

(Todos se acercan y los rodean fingiendo ayudarles, pero en realidad interponiéndose para que no puedan seguir á los ladrones.)

REB. ¡Robado! ¡me han robado el dinero!

VILL. Y á mí.

ARAB. ¡Qué infamia!

VILL. Esto no ocurre en ninguna parte decente.

REB. ¡Esto es una tierra de bandidos poco honraos!

POL. (Saliendo.) ¡Eh!... tenga miramiento con lo

que dice, que está delante de un agente de policía...

REB. (Gritando.) ¡Aquí no hay policía ni hay na!

VILL. (Idem.) ¡Esto es un país bárbaro!

ARAB. (En voz baja al Policía.) Están insultando á los cargadores...

REB. ¡Arrebata capas!

VILL. ¡Despeñaperros!...

POL. ¡A callar y vengan conmigo! (Los coge.)

REB. ¡Que me lleven al Consulado!

VILL. ¡Yo quiero ver al Cónsul!

REB. ¡A ver ese Cónsul!

POL. Vamos, vamos...

(Los empuja y á empellones se los lleva ayudado por los demás espectadores. Vanse todos en revuelto grupo, oyéndose cada vez más lejos las voces de Rebollo y Villalón que gritan:)

REB. } ¡Al Embajador!... ¡Al Ministro de Gracia y
VILL. } Justicia!

ESCENA VIII

PIZZICATO y SALVATIERRA, LADRONES y TZIGANAS. Al hacer mutis los pintores, salen de la taberna Pizzicato y Salvatierra. Las tziganas y ladrones que iban detrás de los pintores vuelven á entrar. Los ladrones que se llevaron los sacos de viaje se los entregan á Pizzicato

PIZ. Tutto finito, signore. Los espagnolos tendrán que pagar la multa per la borracheira, é come no tienen denaro la pagarán en cárcel.

SAL. ¿Y si el Cónsul responde por ellos?

PIZ. Allora Arabella y Tila se encargarán de los póveros... é restarán... ó al meno arriverán tarde al fino de su viaje. Arabella... Tila... venite qua. (Se le acercan las dos y habla un instante con ellas. La campana del puerto suena y los cargadores y negros redoblan su actividad.) Cuando quiera el signore.

SAL. Toma lo ofrecido. (Le da dos billetes.)

PIZ. Gracie tanta.

SAL. Cuando se cumpla el resto tendrás lo demás. Ahora, que beba tu gente. Yo pago todo.

PIZ. ¡Oh, spléndido signore!... ¡spléndido!... (A su gente.) El signore osequia... é paga... bisogna bebere á ballare per la sua prosperitá...

(Las cuatro bailarinas se colocan y bailan los ocho ó diez primeros compases y va cayendo lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Preludio señalado con el número 2

La escena representa una granja en el interior del Brasil. A la izquierda del actor y en primer término entrada á la casa; la segunda caja libre como si se prolongase el jardín. Al foro empalizada de madera alta (especie de verja) con puerta en el centro. La verja continúa y cierra en la lateral derecha. Algunos árboles característicos del país dan sombra a la especie de plazoleta que forma el escenario; sillas de mimbre, etc., etc, De telón de foro una vista del campo brasileño á gusto del pintor. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón LUPITA y NATIVA están mirando con gran interés por la verja que cerca la granja. Después PABLO

LUP. Sí, sí... es él...

NAT. ¿No le dije á amita que niño Pablo no tardaría?... ¡Pues apenas se sobresaltó cuando le dí su carta!

LUP. Ya cruza la linde...

NAT. Y mire como aprieta el paso.

LUP. (Realmente esta separación inesperada ha de sernos muy dolorosa.)

NAT. Ya lo tiene aquí. (Aparece Pablo. Entra fatigado, apenas puede hablar, se sienta y se enjuga el sudor

de la frente con un pañuelo.) ¿Quiere una tacita de *mate*... un plátano frito?...

PAB. No, no quiero nada. . déjanos, Nativa. (Nativa mira á Lupita indecisa como consultando si debe obedecer.)

LUP. Sí, vete. (Mutis Nativa por la casa.)

ESCENA II

LUPITA y PABLO. Ambos personajes antes de empezar el diálogo, se miran como si temiesen, Pablo saber la verdad y Lupita decírsela

PAB. Lupita...

LUP. Pablo...

PAB. ¿Es un hecho lo que me anuncias en tu carta?

LUP. (Con tristeza.) Sí.

PAB. ¿Marchas á España?

LUP. Es necesario. Mi madre me lo manda. Está enferma y rodeada de peligros.

PAB. (Con amargura.) Además la herencia casi fabulosa de tu padre lo exige Aquí en las entrañas del Brasil no lucen los millones...

LUP. ¿Me culpas?

PAB. No. Pero recuerda que á raíz de la marcha de tu madre te lo anuncié. La posesión de tanto dinero acabaría con nuestro cariño. Y ya lo ves... por de pronto empieza separándonos... luego... quién sabe...

LUP. (Con energía.) Yo lo sé. Yo sé que ni ausencias, ni fortunas podrán arrancarme este afecto, más hondo y más grande que la distancia que nos va á separar. En él y en mi madre tengo todas mis alegrías... Ella me llama, me necesita... No serás tú seguramente quien me aconseje que no vaya.

PAB. Tienes razón... Sin darme cuenta me acerco al egoísmo .. Mi vida sembrada de obstáculos me hace ser receloso, desconfiado... Además... yo no puedo ser dichoso... si tú supieras...

LUP. ¿Ya estamos con los misterios de siempre?

PAB. Sí... pero... vamos á lo importante... ¿cuándo es la marcha?

LUP. Esta tarde. Los amigos que me envía mi madre lo están ultimando todo.

PAB ¿Son dos pintores según me escribes?

LUP. Dos hombres de bien en los que puedo confiar. Ellos la arrancaron de las garras de mi tío, ellos se van á encargar de llevarme al lado de mi madre. Parecen francos y simpáticos... por lo menos Rebollo, el que quedó aquí, porque el otro sólo estuvo un momento y marchó en seguida á preparar el viaje.

PAB. Verdaderamente, hombres así son dignos de recompensa.

LUP. ¡Ah, y la tendrán!

ESCENA III

DICHOS y SALVATIERRA, desde el foro como si hablara con alguien

SAL. Si no bastan cuatro caballos se alquilan seis. (El traje de Salvatierra será modesto y parecido al que en el primer acto llevaban Rebollo y Villalón. Conservará la peluca rubia.)

LUP. (A Pablo.) Aquí llega uno.

SAL. No podemos perder tiempo. (Avanzando. Al ver á Pablo.) Señor...

PAB (Saludando.) Señor...

LUP. (Presentando.) Mi prometido Pablo Arcentales. El señor Rebollo.

PAB. Celebro infinito conocer á un hombre de bien. (Le estrecha la mano.)

SAL. ¡Ah, sí! (A Lupita.) Su mamá de usted me ha hablado mucho de estos amores... y elogiándole á usted por cierto. (Por Pablo.)

PAB. Doña Elena es muy amable... muy cariñosa...

SAL. Mucho. Por eso tenemos tanta prisa de echar á andar. Cuanto antes lleguemos... la pobre señora estará con una impaciencia...

LUP. Sí, sí, lleva usted razón. Cuando quiera...

SAL. Dentro de media hora estará todo preparado. Villalón se encargó de organizarlo. Conviene que recoja usted todo lo que tenga que llevar á la mano.

PAB Dice bien el amigo Rebollo. Yo también voy á ensillar mi caballo y les acompañaré, por lo menos, hasta llegar á la estación de ferrocarril.

SAL. (Contrariado.) ¿Para qué?... no se moleste... cuanto más se retrase la despedida será peor... el viaje es penoso... los caminos intransitables...

PAB ¿Qué me importa?... Unos días más al lado de Lupe, bien merecen pasar alguna fatiga. Hasta ahora. (Mutis foro.)

LUPE ¡Cuánto me quiere!

SAL. Sí, pero valía más que no viniera... en fin, arregle lo necesario, que se va haciendo tarde.

(Lupe hace mutis por la casa.)

ESCENA IV

DICHO y PIZZICATO entrando agitado por el foro; después ARABELLA y TILA

PIZ (Con traje parecido al de Salvatierra.) Signore...

SAL. ¿Qué ocurre?... ¿Algún contratiempo?

PIZ Enormissimo da vero. Arabella e Tila acaban de arrivare... se han adelantato á los spagnolos que no tardarán en stare aquí.

SAL. ¿Pero cómo es posible?

PIZ. Io credo que el cónsul les ha garantizato. Las ragazzas han tenuto que declarar ai suo favor per non facciarse sospettas de ellos... Les han presentato tutta sorte de dificultades en el camino, ma son dos perros de presa. Si el signor quiere oirlas, ellas lo splicarán meglió

SAL. Sí, que entren... pero... cuidado... si sale alguien de la casa, que finjan pedir limosna. (Medio mutis Pizzicato.) ¡Ah!... escucha... el no-

vio nos quiere acompañar... hay que buscar el medio de impedirlo.

(Pizzicato hace un gesto de asentimiento. En seguida va al foro, y á una seña suya entran Arabella y Tila. Visten trajes haraposos y polvorientos, pero de tziganas.)

PIZ. Il signore voglie la splicazione de quello que arrivato.

SAL. Eso es. ¿No habíamos convenido que impediríais á esos hombres llegar aquí?

TILA Se comprende que el señor no conoce á los españoles. Los matan y resucitan para cumplir su propósito.

SAL. Vuestra misión era rodearles de obstáculos.

ARAB. Nuestra misión fué primero impedir que sospechasen de nosotras, más tarde hacernos sus compañeras, seguirles en su viaje, ponerles dificultades durante él...

TILA Y á pesar de todo están aquí.

SAL. ¡Es incomprensible!

ARAB. No lo es. A pesar de nuestra astucia, en las últimas jornadas sospecharon y tuvimos que huir. ¡Si el señor los hubiera visto!... Cuando por la intervención del cónsul los pusieron en libertad y se dieron cuenta del robo de los papeles, su indignación se convirtió en llanto. Se culpaban entre sí, se insultaban, querían matarse... después se abrazaron, nos volvieron á ofrecer su hotel en el Oriente de España, y todos juntos emprendimos el camino. ¡Qué abnegación, señor!... Mendigaban en los pueblos cantando canciones españolas, y cuando no bastaban las canciones, bailaban danzas extrañas. La noche, en vez de brindarles reposo, estimulaba sus energías y andaban sin freno, como si el viento de las selvas les empujara. Cuando nosotras fingíamos cansancio, nos ofrecían su brazo y seguían jadeantes, casi arrastrándonos. Si la fatiga les rendía un momento, se abrazaban llorosos, nos repetían el ofrecimiento del hotel y arrancaban más firmes al son de sus cantos españoles, semejantes á los nuestros en que alientan esperanzas ó lloran desengaños. Ni la sed, ni el

hambre, les hicieron apartarse del camino, y en lo más rudo de la jornada, siempre tenían para nosotras una frase galante ó un ofrecimiento de príncipe que contrastaba con nuestra miseria. Y ahora juzgue el señor y piense quién pone vallas al río y quién puede sujetar al viento. (Pausa)

PIZ. E vero, signor; son dos perros de presa.

SAL. Sí, pero dos perros que pueden destruir mis planes cuando precisamente tocaban á su fin.

PIZ. Ma... senza papeles... senza cartas... no pueden justificare...

SAL. Lo mejor es que no nos encuentren... ¿Han llegado las caballerías?

PIZ Arriverán al momento.

SAL. Pues vamos á... (Entra Pablo con traje de montar y botas altas con espuelas. Salvatierra, al verle, hace una transición y dice:) Bueno, bueno, tomar y dejarme en paz. (Dando dinero á Arabella y Tila.)

ARAB. Gracias, señor.

TILA Dios le proteja.

PAB Tomar, muchachas. (Les da dinero.)

ARAB. ¿Quiere que bailemos?

TILA ¿O cantemos?

SAL. (Empujándolas hacia el foro.) Vamos, vamos... no seais pesadas. (Mutis las dos.)

PAB. ¡Pobre gente!

SAL. Pobre, pero fastidiosa. (A Pizzicato.) Vamos, Villalón... (A Pablo.) Volvemos en seguida. (Hacen mutis foro.)

ESCENA V

PABLO. Después, REBOLLO

PAB. Por mi parte dispuesto estoy. (Mira con tristeza hacia la puerta de la casa) Acaso no la vuelva á ver... y en realidad puede que sea lo mejor. Esta separación pone fin á algo que no podía prolongarse...

REB (Entra por el foro con un traje completamente destrozado y lleno de polvo y barro. Los pies casi desnudos.

Está extenuado y al entrar se apoya en un ángulo de la verja para no caer.) Aquí debe ser... ¡Y está un paseíto!... (Se acerca á Pablo.) Usted dispense... ¿la casa de la señora Salvatierra?

PAB Esta es... pero la señora...

REB. Sí... está en Madrid... ya lo sé... pero su hija quedó aquí, ¿verdad?

PAB. Sí, señor.

REB. (Con ansiedad) ¿Y está?

PAB. Naturalmente.

REB. (Cae sentado en una silla.) Ahora sí que es nuestra... ¡Olé! ¡Chipé! (Esto último lo dice sin animación y casi sin voz.)

PAB. (¡Es extraño!... Acaso venga á pedir limosna... pero no parece del país...) ¿De dónde viene usted?

REB. De Madrid... pero no á pie, no... á pie vengo desde Río Janeiro.

PAB. (Asombrado.) ¿Desde Río?

REB. Le choca, ¿eh?... La verdad es que hay una buena longaniza... y parece mentira con el hambre que hemos *pasao*... pero en fin... la chica está aquí... nosotros estamos aquí... el otro no está aquí.. lo demás me importa un pepinillo...

PAB. (Cada vez más interesado.) ¿Usted busca á la señorita Salvatierra?

REB. Eso. Y tengo que hablar con ella largamente.

PAB. Largamente lo dudo, porque la señorita se marcha.

REB. (Dando un salto.) ¿Que se marcha?

PAB. A Madrid precisamente.

REB. ¿Cómo?... ¿de dónde?... ¿por qué?... ¿con quién?... ¿á qué?...

PAB. Con dos amigos de su madre. (Indicando el foro.) Mírelos usted; allí están ultimando los preparativos. (Los dos miran por el foro.)

REB. ¡Ah, canallas!... ¡Ya os arreglaré!

PAB. ¿Cómo? ¿Usted conoce á los señores Rebollo y Villalón?

REB. ¡Anda!... mucho... tanto como á *migo* mismo.

PAB. ¿Y dice usted que son unos canallas?

REB. ¿Quién?... ¿Rebollo y Villalón?... ¿canallas?...

al contrario... la honradez químicamente pura. Merecían salir en el «Juanito».

PAB. ¿En qué quedamos?

REB. En que... pero bueno... vamos á ver... no quiero irme de la lengua... estoy hablando con usted sin saber quien es y á lo mejor... la señorita Lupe. Yo necesito hablar con la señorita Lupe.

PAB (Viendo salir á Lupita de la casa.) Ahí la tiene usted.

ESCENA VI

DICHOS y LUPITA

LUP. Todo queda dispuesto. Nativa me acompaña también... ¿eh?... ¿quién es este joven?

REB. Fermín Rebollo, suyo afectísimo que lo es.

PAB. }
LUP. } ¡Rebollo!

REB. Completamente Rebollo. Y el otro que ahora vendrá, Paco Villalón.

LUP. (A Pablo.) ¿Estará loco este hombre?

REB. (Con volubilidad.) ¿No me creen ustedes, verdad? Les asombra verme así... tan de trapillo... ¡pues cuando vean á Villalón!... al auténtico Villalón, se asombrarán más todavía. Pero, en fin, nuestras penalidades tendrán recompensa porque hemos llegado á tiempo de evitar que se marche usted con ese pelafustán.

LUP. ¡Pero si mi madre!...

REB. (Castañeteando la lengua.) Espere usted, que se me seca la boca. Su mama de usted nos dió á nosotros la carta, y ese bandido ha hecho que nos la robaran en Río con todo el dinero. Estoy seguro que ha sido él.

PAB. ¡Robado!... Vea usted lo que que dice...

LUP. Acabe por Dios y que Él le castigue si me engaña.

REB. ¡Engañarla! ¿Y para eso íbamos á venir desde Río á pie sin descansar ni de noche ni de día?.... No, señorita. Ese hombre tiene

intenciones infames y ¡pobre de usted si le sigue!... ¡y pobre de su mamá!... ¡y pobres de nosotros!

LUP. (A Pablo.) ¿Qué piensas de esto?

PAB. Que es horrible lo que dice.

ESCENA VII

DICHOS y SALVATIERRA saliendo por el foro

SAL. (Saliendo.) Cuando ustedes quieran podemos echar á andar.

LUP. (A Salvatierra.) ¿Conoce usted á este joven? (Por Rebollo.)

SAL. (¡El!) (Alto sin inmutarse y con desprecio.) ¡Ah, sí! Es un vagabundo.

REB. ¿Sí, eh? ¿Conque vagabundo?... ¡Caray, caray!

SAL. Un criado de la fonda donde nos hospedábamos en Río. Nos faltaron algunas cosas de la habitación y el dueño le despidió por sospechas y por que estaba siempre borracho.

REB ¿Sí, eh?... ¿Conque borracho?... ¡Caray, caray!

LUP. Dice que es el legítimo portador de la carta de mi madre. Que es Rebollo.

SAL. (A Rebollo.) ¿Es que quieres sacarme más dinero con tus trapisondas? Pues esta vez no te vale.

PAB. (A Rebollo.) ¿Qué dice usted á esto?

REB. Pues digo... sostengo... juro... ¡pero si es que se me seca la boca!...

PAB. ¿No trae usted documentos?... algo...

SAL. Dirá que se los han robado. Es su costumbre. (A Lupita.) Va á oscurecer y no conviene...

LUP. Sí, vamos.

REB. (Haciendo un esfuerzo.) No... usté no se va... ¡quiá, hombre!... ¡yo no quiero!... ¡tendría que ver!... que cayese usted en manos de su tío.

LUP. ¿Tan criminal es ese hombre?

REB. Si usted lo duda, pregúnteselo á él mismo (Con movimiento rápido se abalanza sobre Salvatierra y le arranca la peluca de un tirón, apareciendo su pelo negro como en el acto primero.) Tengo el disgusto de presentar á usted á su señor tío don Jorge Salvatierra. Ultimo retrato. Tamaño natural.

PAB. ¡Un disfraz!

SAL. (Queriendo lanzarse sobre Rebollo.) ¡Miserable!

REB. (Sugetándole de una muñeca fuertemente.) ¡Chits!... calma... ¿Pero qué se creía usted, que no le había conocido en Río Janeiro cuando trató de comprarnos la carta diciendo que era un primo del banquero? Pues le conocí, pero me hice el tonto... Ahora es cuando resulta usté primo completo.

PAB. (Avanzando agresivo hacia él.) Y un infame que merece...

LUP. (Interponiéndose.) No, Pablo... (A Salvatierra.) Caballero, agradezca ser el hermano de mi padre y retírese. Aquí ya no le queda nada que hacer.

SAL Nada, es verdad... por el momento... pero no hemos concluído. Adiós. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS menos SALVATIERRA

REB. ¿Y ahora dudan ustedes de mi?

LUP. La duda es imposible. Le seguiré... marcharemos... pero hableme usted de mi madre...

REB. Señorita... si es que se me seca la boca y...

PAB. ¿Quiere agua?...

LUP. ¿Algún licor?...

REB. Sí, pero... es que se me seca también el estómago...

PAB. ¡Ah, vamos!... ¡Pobre hombre!...

LUP. Pues ahora mismo comerá todo lo que quiera, se pondrá otras ropas...

REB. No... primero comer.

PAB. ¿Y el compañero?

REB. Se quedó bañándose en la entrada del río.

No podía más y los baños dice que le tonifican...

PAB ¿En la entrada del río?... ¡Pues la ha hecho buena!...

REB. ¿Por qué?

PAB. Porque se le van á comer los mosquitos...

REB. O viceversa.

PAB. Allí son terribles... Búsquelo usted y que venga en seguida. Le aseguro que no hay manera de aguantar las picaduras.

LUP. Mientras, diré que preparen la comida. (Mutis á la casa.)

PAB. Vaya pronto. (Vase detrás.)

ESCENA IX

REBOLLO, VILLALÓN. Después LUPITA, PABLO y NATIVA

REB. Puede que tengan razón... yo no estoy para dar un paso, pero en fin, no hay más remedio... gracias á que no me aprieta el *calzao* que si no... (Va hacia el foro.)

VILL. (Dentro gritando.) ¡Rebollooo!

REB. Villalón... ¿qué le pasará?

VILL. ¡Rebollooo!

REB. Pues no se lo han comido del todo. (Entra Villalón á medio vestir. Traje análogo al de Rebollo, prendas igualmente destrozadas. La cara y las manos las trae hinchadas extraordinariamente y muy encarnadas. Deberá distinguirse bien desde el público este detalle.)

VILL. ¡Rebollo! ¡Que me muero!... ¡Un sacerdote!...

REB. ¡María Santísima!... ¡qué cara!... la trae *adobá* ..

VILL. (Corriendo como loco por escena.) Haz algo, Rebollo... que no puedo mas...

REB. ¡Qué manos!... ¿Dónde has *comprao* esos guantes de esgrima?

VILL. Rebollo... un médico... agua... vino... un parche poroso...

REB. ¿Pero qué te ha *pasao*, Villaloncito?

VILL. No me preguntes nada por Dios y ráscame...

REB. ¿Dónde?

VILL. (Indicando varios sitios.) Aquí.... aquí... aquí... aquí...

REB. Es que pa rascarte en tóo eso hay que formar una Sociedad por acciones.

VILL. (Rascándose.) Por lo que más quieras... rráscame... (Rebollo le rasca.) Más arriba... más abajo... más deprisa... más fuerte... dame puñetazos...

REB ¿Quieres que pida piedra pómez?...

NAT. (Saliendo.) ¿Quiere tomar la merienda aquí?...

VILL. Haga usté el favor de rascarme aquí. (Tendiéndola una mano.)

NAT. Pero...

VILL. Que me rasque usté. (Nativa le rasca.)

PAB. (Saliendo.) En seguida le servirán.

VILL. Por caridad, señor... rásqueme usté aquí... (Le tiende otra mano.)

PAB. (A Rebollo.) ¿No se lo dije á usted? ¡Cómo le han puesto!... (Le rasca.)

LUP. (Saliendo.) ¿Qué vino prefiere?

REB. Cualquiera, pero haga usté el favor de echar una mano...

LUP. (Acercándose y viéndole.) ¡Pobre Villalón!...

REB. No queda ni la corteza. (Todos rascan.)

Intermedio musical número 3

CUADRO SEGUNDO

Un bosque espesísimo en el interior del Brasil. El telón de foro y los dos rompimientos figuran árboles cuyas ramas se cruzan y enlazan entre sí. Las cajas están libres. Es de noche. La luz de la luna, penetrando por el ramaje, ilumina la escena. Al levantarse el telón, Arabella y Tila aparecen sentadas al pie de un árbol. Ya no visten de mendigas. Traje caprichoso.

ESCENA PRIMERA

ARABELLA y TILA

TILA Mucho tarda nuestro amo.

ARAB. ¡Nuestro amo!... mejor dirías nuestro tirano. Nos recogió con la promesa de que nos ha-

ría libres y somos sus esclavas; sin él éramos desgraciadas; con él somos perversas; nos faltaba el pan, y cada pedazo que nos da está amasado con una traición ó una infamia. No, Tila. Haces mal en llamarle amo al italiano.

TILA — Mal ó bien, cuatro años hace que le servimos.

ARAB. — Mal.. siempre mal.. Ni una vez siquiera se le ocurrió emplear su astucia en favor de los débiles.

TILA — Los débiles nada pueden darnos.

ARAB. — ¡Quién sabe!... A veces es más generoso el que nada tiene que el que todo lo posee. Nosotras no sabemos apreciarlo porque no hemos conocido la gratitud. ¡Está tan lejos de Pizzicato!

TILA — Por lo visto te cansas de servirle.

ARAB. — Me canso de hacer el mal sin que el mal nazca en mí. Somos como esos instrumentos de tortura que obedecen á la mano que los obliga, y nuestro fin será el de ellos; el día en que el uso nos haga inservibles, nos abandonarán en un rincón.

TILA — En cambio, ¡qué abnegación la de esos españoles!

ARAB. — ¡Y qué fe en el triunfo!

TILA — Los empuja el bien.

ARAB. — Yo, hay momentos en que me siento inclinada á...

TILA — Silencio... que vienen.

ESCENA II

DICHOS, SALVATIERRA y PIZZICATO por la lateral derecha, con carabinas y trajes del país

PIZ. — Buona sera. ¿Qualque cosa de nuovo?...

ARAB. — Nada, señor.

SAL. — ¿Habéis conseguido hablar con el guía?

ARAB. — Sí. Ayer al caer la tarde.

SAL. — ¿Sospechan de él?

TILA — Al parecer están confiados.

PIZ. ¿Cuánte persona vienen con lei?...

ARAB. Los dos españoles, otro señor y una mulata.

SAL. Perfectamente. Ellos son tres, nosotros veinte. Puesto que la astucia ha fracasado, hable ahora la fuerza. (A Pizzicato.) ¿Estás seguro de que el guía les hará acampar aquí?

PIZ. Questo e lo convenuto.

SAL. ¿Los caballos están preparados?

PIZ. Dietro la tomba india.

SAL. Por ahora, ya sabes. Nada de violencias que perjudicarían mis planes. No quiero ni una gota de sangre.

PIZ. Bene, signore. Io anche repugno la sangre.

ARAB. Me parece que se acercan.

SAL. Vamos. Si fracasa este golpe perdemos la batalla. (Hacen todos mutis por lateral derecha.)

ESCENA III

REBOLLO con una carabina por lateral izquierda. Detrás el GUIA (tipo del país). Después PABLO, LUPITA, VILLALON y NATIVA

REB. (Dentro.) Un, dos, un, dos, un, dos... (Sale marchando militarmente con la carabina al hombro y un paraguas colgado en la cintura á modo de sable.) ¡Tararí!... ¡Alto!... Prepárense para desmontar... ar... (Figura que se han desmontado entre cajas.)

VILL. (Llevándose las manos atrás.) Oye, Rebollo. En la primera marcha me dejas á mí de infantería, ¿sabes?

REB. Bueno. Pero, ¿á qué obedece ese cambio de cuerpo?

VILL. A que no hay cuerpo que resista *montao* en ese burro un día más.

REB. ¿Es que te lastima el dorso?

VILL. Fíjate en la espinita que gasta el amigo. Le pones un mango y te afeitas con él. Me ha fastidiao Nativa con tener tanto miedo á los caballos.

NAT. (Que durante el diálogo habrá sacado las mantas de las caballerías.) ¿Es aquí dónde vamos á descansar?

PAB. Sí. El guía nos ha indicado este sitio como el mejor. Hay un manantial cerca.

(El guía, después que dejó las caballerías, se echa en tierra, primera derecha. Villalón extiende las mantas ó ponchos debajo de los árboles ayudado de Nativa que pone debajo de las mismas ramaje y yerba para hacer algo á modo de lecho.)

LUP. Yo sin descansar no podría seguir. Esta jornada me ha parecido más sofocante y más fatigosa que las demás.

PAB. Ya poco falta, según el guía. Dentro de veintidós horas estaremos en la estación del ferrocarril.

REB. Y dentro de veintidós días en Barcelòna.

PAB ¡Con qué gusto les acompañaría á ustedes! No conozco España.

REB. Pues decídase usted Después de todo la travesía es muy cómoda, ¿verdad, Villalón?

VILL. Prefiero el burro. (Se rasca fuertemente.)

REB. ¿Pero todavía estás desazonao?

VILL. Y hay para rato Estoy mudando la piel, y si sigo así mudo las uñas.

REB. (A Pablo.) ¿Con que viene usted?

PAB. No puedo. Esperanzas que quizá no llegue á ver realizadas me detienen en esta tierra.

REB. Por lo visto usté no es de aquí.

PAB. No. Y lo siento. Debo á ella su hospitalidad y mi cariño (Indicando á Lupita.)

VILL. Cuando ustedes quieran ya están preparadas las alcobas. (Indicando las mantas.) Aquí la señorita Lupita y la rubita. (Por la mulata.) No está estucada, pero es grande y tiene ventilación. (A Pablo.) Usted en esta otra y Rebollo y yo en esta del pasillo. ¿Qué les parece?

LUP. ¡Ja, ja! Excelente distribución.

PAB. Pues ea á la cama que hay que madrugar.

REB. Yo voy á la fuente y vuelvo en seguida. (Coge un cacharro y vase por la izquierda. Todos menos Pablo se acuestan sobre las mantas. El guía está acostado en la suya muy cerca de la lateral derecha y bastante separado de los demás y poco después de hacer mutis Rebollo, se desliza arrastrándose y desaparece por el foro derecha.)

NAT. (A Lupita.) ¿Está cómoda la amita?

LUP. Sí. No te preocupes de mí y descansa tú.

VILL. Por lo visto está caja de betún es fiel ¿eh?

LUP. Más que un perro. Daría su vida por mí.

NAT. Oiga... no me diga tontadas el niño... Todo el camino viene diciéndome cosas y que le rasque.

LUP. ¡Tonta! Son bromas cariñosas...

VILL. Es para que te vayas acostumbrando, porque ya verás en Madrid. ¡Poquito lustre que me voy á dar contigo! Vaya. A dormir. (Rezando.) Con Dios me acuesto... con Dios me levanto... (Bosteza.) Con Dios... con Dios... (Pausa. Fingen los actores que se van quedando dormidos.)

PAB. ¡Pobres mujeres!... están rendidas... Descansaré yo también algunas horas, que bien lo necesito.

(Empieza á arreglar su manta Villalón se levanta de pronto y se acerca á él.)

VILL. Vaya, hombre... ¡Si seré papanatas!... Me he *acostao* sin acordarme de que tenía una sed terrible... ¿Usté sabe dónde está el manantial?...

PAB. Yo no, pero ahora buscaremos á Rebollo que ha ido á beber. (Se oye un ronquido.)

VILL. Anda.,. esa es la mulata... ¡vaya un fagot!

PAB. Oiga, Villalón.

VILL. Mande.

PAB. Puede que no les alcance á ustedes el dinero... por si acaso, tome usted. (Le da una cartera.) Aquí tienen lo bastante para terminar el viaje.

VILL. (Tomándolo.) Gracias, don Pablo. Si no fuera por usted quizá no habríamos podido salir de tantos apuros.

PAB. Lo principal es que vamos saliendo. Solo me preocupa una cosa... acaso hemos hecho mal en seguir el camino más largo por ser el más seguro.

VILL. Así dijo el guía, y yo como no conozco esto!.. Ya ve usté. . si yo llego á conocer esto, maldito si me baño...

REB. (Saliendo misteriosamente por la derecha y acercándose á ellos.) ¡Chist!... Villalón... Don Pablo... (Lleva un cacharro con agua.)

PAB. ¿Qué pasa?

REB. Hasta ahora nada, pero puede pasar.

PAB. Hable... me alarma usted...

(El guía vuelve arrastrándose como antes y queda en su primitiva posición fingiendo dormir.)

REB. ¿Ustedes tienen verdadera confianza en el guía?

PAB ¿A qué viene esa pregunta?

REB. Verán ustedes. Hace un instante salí á buscar la fuente... me interno un poco y de pronto oigo un chillido extraño que hacía *iou, iou...*

VILL. ¿No sería una cacatúa?... Por aquí hay la mar...

REB. Eso creí yo, que sería un pajarraco de esos... pero en seguida y más lejos oigo otro *iou, iou...* y después otro y otro...

VILL. *Pue* que sea la época del celo pa los loros. ¡Trae agua! (Bebe.)

REB. O pa los Guías, porque al poco rato le ví arrastrándose y haciendo *iou iou.*

PABLO (Alarmadísimo,) ¿Una señal?

REB. Eso parecía.

VILL. ¿Y tú qué has hecho?

REB. Me hice el muerto.

PABLO ¿Y el Guía?

REB. No me ha visto.

VILL. (Volviéndose y viendo al Guía dormido.) ¡Pero si el Guía está aquí!

REB. ¿Que está?... Pues será que ha *regresao...*

VILL. Rebollo... no nos vayas á dar la noche sin motivo.

REB. Te digo que era él.

VILL. Que era una cacatúa hombre... déjanos dormir...

PABLO (En voz baja, llevándose á un lado á los pintores.) Se me ocurre una idea que nos va á demostrar si realmente ese hombre nos hace traición.

VILL. Parece que duerme.

PABLO Ahora lo veremos. (Avanza hasta el Guía saca de la funda el revólver y dice en voz muy alta.) ¿Está usted seguro, Rebollo de haberle visto?

REB. Sí. era él.

PABLO (Alto.) Entonces sospecho que nos preparan

una sorpresa desagradable. Este hombre que finge dormir, no duerme. Es un traidor que se volverá contra nosotros... no le demos tiempo... saltémosle la tapa de los sesos... (Monta el revólver y lo acerca á la cabeza del Guía hasta casi tocarle. Pausa. El Guía continúa dormido. Bajo y guardando el revólver.) No cabe duda. Está dormido... de otro modo sería asombroso...

VILL. Como que era una cacatúa .. ¡miá que eres alarmante!...

REB. Puede que me haya equivocao, pero *demonche*... si yo ví que...

VILL. Anda á la cama, á ver si durmiendo te espabilas.

PABLO No, no; Rebollo tiene algo de razón . Sea lo que quiera no debemos confiar demasiado y puesto que somos tres, montaremos un servicio de guardia. Ustedes que están más cansados, duerman ahora; yo esploraré el bosque y cuando me sienta fatigado llamaré á uno de los dos.

VILL. A mí. Me llama usté á mí porque este volvería á ver visiones.

REB. Conformes.

PABLO Nos pondremos en marcha al amanecer. Sobre todo procuren no despertar á las señoras.

VILL. Pues andando. (A Rebollo) ¿Tú que *lao* quieres, la pared ó el otro?

REB. Me pondré aquí, al *lao* de la mesilla de noche. (Se echan.)

VILL. Con Dios me acuesto; con Dios me levanto...

REB. Yo pecador me confieso ..

VILL. Con Dios...

REB. Adiós hombre. Hasta mañana. (Se quedan silenciosos. Pablo se va internando en el bosque mirando cautelosamente á todos lados.)

Empieza la música

(A los pocos momentos el Guía levanta la cabeza y observa á los demás personajes que están dormidos. Del foro y ocultándose entre los rompimientos y agazapados van surgiendo hombres, unos mestizos, otros del país, algunos indios. Avanzan sin hacer ruido y de

pronto dos de ellos cogen á Lupe, la tapan la boca y huyen con ella; otros dos hacen lo mismo con Nativa; los demás se abalanzan sobre Rebollo y Villalón y durante el diálogo que sigue los levantan y los atan fuertemente á dos árboles del centro del primer rompimiento para que queden las figuras frente al público.)

VILL. (Al sentirse cogido.) Que te estés quieto, Rebollo.

REB. Déjame, Villalón... ¡Eh!... ¿qué es esto?... ¡traición!... ¡Soco!...

VILL. ¡Ah, traidores!... á ver... ¡el Cónsul!... quiero ver al Cónsul... (Les tapan la boca.)

GUÍA (Amenazándoles con un cuchillo.) Si dais un grito...

OTRO (Haciendo lo mismo á Villalón.) Si hablas, mueres. (Los atan dejándoles los brazos inutilizados, cogen las carabinas y desaparecen.)

Cesa la música

ESCENA ULTIMA

Pausa. REBOLLO y VILLALÓN se miran y no hablan hasta que se convencen que están solos

REB. ¡Villalón!

VILL. ¡Rebollo!

REB. ¿Conque cacatúa, eh?

VILL. Perdóname... tenías razón. ¿Y ahora?...

REB. Vencidos otra vez... en su poder la chica...

VILL. Y nosotros abandonados en medio de un bosque...

REB. Sin poder pasearnos...

VILL. ¡Dios mío!... ¡Acuérdate de nosotros!... (Rompe á llover copiosamente.) (1)

---

(1) **El efecto de la lluvia, hecho en el Teatro Cómico, fué un aplauso y un gran éxito para la Dirección.**

Se hace en la forma siguiente: Cruza la escena de arrojes á topes un tubo de hojadelata con infinidad de agujeros, á modo de regadera. A ese tubo va enchufada por diferentes sitios una goma que está unida al otro extremo al telón, mejor dicho, á la cañería del telón de agua. Llegado el momento se da á la llave y el agua cae por igual, simulando la lluvia verdadera. La parte de la escena donde cae el agua está cubierta con un hule pintado de verde para evitar que se moje el escenario. Antes de llegar á la concha del apuntador está abierta una rampa, también de arrojes á topes, por donde va el agua al foso.

REB. ¡Eh!. . ¿qué es esto?... ¡Menudo chaparrón!

VILL. ¡Dios mío!... ¡No te acuerdes de nosotros!... ¡Demonio!.. ¡como aprieta!...

REB. Y que aquí creo que cuando empieza, no lo deja en dos ó tres meses... (Llueve más.) ¡Ya escampa!

VILL. (Fijándose en que Rebollo lleva colgado de la cintura el paraguas.) Y tú menos mal... siquiera tienes paraguas.

REB. Sí, pero... ¡haz el favor de abrírmelo!

Continúa la música hasta caer el telón

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Preludio señalado con el número 3

Una taberna-posada en Méjico. Al foro puerta que comunica con la calle: á los lados por la parte exterior se verán palos de un andamio figurando que están de obra. Dos mesas-veladores, uno á la derecha y otro á la izquierda. A la derecha primer término puerta practicable que figura que da al jardín. Al otro lado puerta también. Los demás extremos á gusto del pintor.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, están sentados en la mesa de la derecha, bebiendo y jugando al dominó, el CAPITAN TIFÓN y PIZZICATO, al otro extremo junto á otra mesa ARABELLA y TILA. QUINTÍN, dueño de la taberna-posada, entra y sale según lo marque el diálogo por la lateral que da al jardín

PIZ. Blanca doble. (Pone una ficha.)

TIFÓN Un tres dos.

PIZ. ¡Corpo di Baco! ¡Qué tres! (En el lado que figura dar al jardín se sienten ruidos alegres, carcajadas, etcétera.)

TILA ¡Qué alegres están los de la boda!

ARAB. ¡Y qué bien suena la alegría! Solo esos dos son capaces de sentirse indignados por el ruido de la felicidad.

TILA Y por lo visto esto toca á su fin.

ARAB. ¡Ojalá! Tentada estuve de hacerle traición en las selvas del Brasil y si otra vez me uniese á su criminal empresa... no sé lo que haría.

TILA ¿Qué habrá sido de los españoles?

ARAB. Si es verdad lo que nos han dicho, que quedaron atados en la selva, acaso las fieras habrán dado cuenta de ellos.

TILA Infelices: ¡tan generosos! ¡tan valientes!

ARAB. ¡Y tan buenos!

PIZ. Piano, capitán, piano, que siamo al fino de partita.

TIFÓN Que me arrastre un vendabal ó me coja un crucero todo el cargamento si no le gano. ¡A ver! posadero, ¿no ve usted que estamos en seco?

QUIN. Perdone que me haya distraído; pero la alegría... la emoción... como he casado á mi hija...

TIFÓN Ya nos lo ha dicho usted veinte veces.

QUIN. ¡Ah! ¿se lo había dicho? Perdonen entonces, pero la alegría...

TIFÓN Alegría ¿de qué? El casamiento es una travesía muy peligrosa.

QUIN. En este caso se equivoca usted, Capitán. ¡Se quieren con locura! Mi Inés es una santa y él un bendito. ¿Pero por qué no pasan ustedes al jardín? Yo quisiera que todos mis parroquianos gozasen de mi dicha.

TIFÓN No me distraen los hombres con faldas y ya he visto que abundan.

QUIN. Lo dice usted por... No le dé cuidado; es el padre Bonifacio, confesor del convento del Ave María; un ángel. Es el que ha casado á mi chica y los otros son cuatro peregrinos de la orden de San Bartolomé que vienen de Nuestra Señora de los Angeles. Vamos, decídanse.

TIFÓN No puedo; necesito descansar.

QUIN. ¿Qué, se hace usted á la mar hoy?

TIFÓN Un viernes, jamás. Un viernes fué cuando estuve á punto de ser colgado del palo mayor por culpa de unos negros que llevaba en viaje de recreo.

QUIN. Pero el contrabando que hace usted ahora no tiene tanto peligro.

TIFÓN Ya le daría á usted yo un paseíto seguido de un crucero. Malditos y cómo vomitan balas.

QUIN. El paseo lo daré pronto, Capitán; pero no en esas circunstancias. Sí, señores, ya que he casado á mi hija; creo que se lo he dicho.

PIZ. ¡Treinta veces!

QUIN. Perdonen, pero la emoción... pues sí, ya que he casado á mi hija, no quiero morirme en un rincón de Méjico y vuelvo á mi tierra, á mi España.

PIZ. Continuemo la jugata.

ESCENA II

DICHOS por el foro PABLO. Después, cuando el diálogo lo indique, REBOLLO y VILLALÓN

PABLO (Entrando.) Salud.

QUIN. En buen momento llega el señor; la casa rebosa alegría; acabo de casar á mi hija, mi única hija y... ¿pero qué hace usted?

PABLO (Que se ha vuelto hacia la puerta y hace ademanes con la mano.) ¿Por qué no pasan ustedes?... ¿Que meaparte? ¡Cosa más rara! (Se aparta á un lado y entra de un salto Rebollo y después igualmente Villalón.)

REB. Por lo visto ¿están ustedes de obra?

QUIN. No; arreglando la cornisa.

REB. Fíjate, la cornisa.

VILL. Cornisitas á nosotros, ¿eh?

PABLO Pero ¿por qué les choca á ustedes eso?

REB. No, nada; pero hay desgracias casuales; un automóvil que atropella...

VILL. Una cornisa que se cae.

ARAB. ¡Sí, son ellos!

TIZA Se han salvado.

ARAB. ¡Y vienen de nuevo á caer en poder de ese hombre!

PIZ. (Aparte.) ¡Ma e un sogno!... Sonno los españoles del Brasil.

TIFÓN (Aparte.) ¡Que una bala me abra la proa si no es él!

PIZ. ¿Conoscete á esos hombres, Capitán?

TIFÓN A uno estoy seguro; aquél, es un evadido de las prisiones de la República de Honduras.

PIZ. ¿State bien sicuro?

TIFÓN ¡Oh! lo recuerdo muy bien; lo recogí en mi barco y lo desembarqué en las costas de Brasil. Por cierto que me pagó bien el servicio.

PIZ. (Aparte.) ¡Un evadido! ¡Un criminale sin duda! Qüesta e una noticia que me agradecerá espléndidamente el signore espagnol.

TIFÓN ¿No jugamos?

PIZ. No; partiamo per questo lado del jardino. Tengo un afare que os puede proporcionar molto denaro, sin temore á los cruceros.

TIFÓN ¿Se burla usted?

PIZ. Andiamo presto; por el camino se lo explicaré. (Mutis los dos por la puerta del jardín.)

ESCENA III

DICHOS menos PIZZICATTO y TIFON

Durante la escena de Pizzicatto y Tifón, Quintín, Rebollo, Villalón y Pablo figuran que hablan en el foro.

QUIN. Pues han venido ustedes á su casa. ¡Dos españoles aquí! Esta alegría me estaba reservada para un día como éste, porque, sépanlo ustedes, hoy he casado á mi hija.

REB. Que sea para bien.

VILL. Nosotros también nos alegramos de parar en la casa de un compatriota.

QUIN. Pero siéntense ustedes y pidan lo que quieran. ¿Conque madrileños netos? (Se sientan en la mesa que antes ocupaban Tifón y Pizzicatto.)

REB. Completamente netos.

VILL. Este de Hortaleza.

REB. Y este de Fuencarral.
QUIN. Y yo de los Cuatro Caminos.
REB. Teníamos que encontrarnos.
VOCES (Dentro.) ¡Tabernero! ¡Quintín!
QUIN. (Asomándose.) ¡Voy! En seguida soy con ustedes. ¡Qué día, señor, qué día! (Mutis.)

ESCENA IV

DICHOS menos QUINTIN

REB. ¡Bueno! ¿Y qué vamos á hacer? Seguimos sin orientarnos, sin tener una pista...
PABLO ¡Maldito Salvatierra!
REB. (A Villalón que está distraído fijándose en Arabella y Tila que por la posición que tienen sentadas no les ve la cara.) ¿Y á ti, no se te ocurre nada?
VILL. No me menees que voy á perder esta posición de gavilán en acecho.
REB. Pero, hombre, ¡cuándo perderás esa afición á las mujeres!
VILL. Cuando se me acabe esta vida, y si es verdad que hay otra más allá, cuando se me acabe esta, la otra y la de más allá. Y si no fíjate. (Tose fuerte y se coloca en una actitud cómica. Arabella vuelve la cabeza. Tila se aparta á un lado y los miran dedicándoles una sonrisa.)
REB. (Dando un salto al conocerlas.) ¡Caracoles!
VILL. (Idem.) ¡Rechufa! ¡Ellas!
PABLO ¡Esas caras las recuerdo!
REB. Como que son las tziganas que nos hicieron traición. ¡Ahora verás!
VILL. Tú, no. Déjame á mí, que soy más gavilán que tú. (A ellas.) ¿Se puede saber, hijas de... Oriente, qué hacéis por aquí?
ARAB. ¡Correr el mundo!
TILA Correr sin descanso.
VILL. ¡Vaya, hombre! Pues se os ha presentado una ocasión de hacer parada y fonda. ¿Verdad, tú, Rebollo?
REB. A vosotras os sorprenderá nuestra visita.
ARAB. Temimos por vuestra suerte.

REB. Y por eso nos dejásteis al sereno, y atados á un arbol.

VILL. Como que si no es por el señor, hasta la época de la poda no hubiéseis tenido el gusto de vernos.

PABLO Por lo visto son uña y carne del banquero.

REB. Carne nada más, porque las uñas se las voy á cortar ahora mismo.

VILL. Te advierto que puede que no agradezcan el aseo.

ARAB. Podéis hacer lo que queráis; hicimos el mal y sólo el mal merecemos.

VILL. ¿Luego estáis convitas?

ARAB. Estamos arrepentidas y dispuestas á devolveros el bien: os lo ofrecemos sin pago alguno.

REB. (Aparte.) ¡Cuidao, Villalón, que éstas son muy lagartas!

TILA Nosotras podemos deciros dónde está la joven que buscáis.

PABLO ¿De veras?

REB. ¡Que nos van á engañar otra vez!

VILL. ¿Y dónde para?

ARAB. En el convento del Ave María, á poca distancia de aquí.

VILL. ¿Solita, eh?

TILA Con la mestiza que la acompañaba... Os lo juramos.

VILL. Oye que pué que digan la verdad.

REB. Tu inocencia nos va á perder otra vez.

VILL. Pué que les haya tocado Dios en el corazón.

REB. Déjame á mí. Bueno pues si las véis les dáis expresiones de nuestra parte... y largo con vuestras raterías, que aquí ya os hemos conocido, y agradecer que nos da asco ponerle la mano encima a las mujeres.

VILL. Según y cómo, tú.

PABLO (Indignado.) Largo.

TILA No nos creen.

ARAB. Tienen razón. (Mutis lateral izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y QUINTIN que sale por la puerta del jardín con una botella de champagne y copas

VILL. Lástima que sean tan falsas, porque á mí la mía no me disgustaba.

PABLO Esa canalla es capaz de todo.

QUIN. (Saliendo.) Perdónenme la falta de cortesía pero es que estoy atontado. En cambio, y como castigo, les traigo una botella de Champagne. Ahí va y brindemos por España.

REB. Por España.

QUIN ¿Usted es español también?

PABLO De la República de Honduras.

VILL. Pues por España, por la República y por... ¿cómo se llama tu hija?

QUIN. Inés; una santa, querido paisano. Casi puede decirse que se ha educado en el convento del Ave María, (Al oir los demás «Ave María», se les atraganta el champagne) donde iba todas las tardes á llevar el pescado.

VILL. En el... ¡reconcho! pero hay por aquí un convento del Ave María?

QUIN A poca distancia.

PABLO ¿Si nos habrán dicho la verdad?

VILL. Rebollo, que me parece que les había tocado Dios.

REB ¿Pero serán monjas todas las que hay?

QUIN. Claro... es decir, yo creo que sí; pero esperen ustedes, mi Inés, que está al dedillo de las órdenes conventuales, puede decírnoslo, si les interesa.

PABLO Mucho.

QUIN. (Llamando.) Inés, hija mía. Ven un momento. Ahora saldremos de dudas.

ESCENA VI

DICHOS é INÉS. Viste traje de lujo de mujer mejicana: falda de colores, collares en la cabeza, etc., etc.

INÉS ¿Me necesitáis para algo?

QUIN. Sí, ante todo tengo el gusto de presentarte á dos compatriotas.

INÉS Bien venidos.

PABLO Diga usted, ¿en el convento del Ave María no hay más que profesas?

INÉS Todas... excepto las que han llegado hace tres semanas.

REB. ¡Tres semanas!

INÉS Sí, dos jóvenes, de las cuales una es mulata.

PABLO ¿Usted las ha visto?

INÉS Precisamente me hallaba en el convento cuando llegaron: dos hombres las acompañaron; uno hablaba español y el otro si no me equivoco era italiano; pidieron hablar con la Superiora, las dejaron y... no sé más.

VILL. (Dando un puñetazo.) ¡Ellas!

INÉS ¿Las conocéis acaso?

VILL. No; digo, sí.

REB. (Reconviniéndole.) Villalón.

VILL. Digo, no.

REB. ¡Pero hombre!...

VILL. Digo... dime lo que quieres que diga.

REB Gracias por sus informes, y por nosotros no se entretenga.

INÉS Mi dicha es poder servirles.

QUIN. ¡Cómo está educada! Vamos, hija mía, vamos, que los convidados te reclaman. Soy con ustedes en seguida (Mutis puerta del jardín.)

PABLO Y yo también me voy.

REB. ¿A dónde?

PABLO ¿No lo han oído ustedes? Están en el convento del Ave María: pues bien, voy á ver si hay manera de entrar, sea como sea, en el convento. (Mutis foro.)

ESCENA VII

REBOLLO, VILLALON, ARABELLA y TILA. que salen con un atillo al hombro

VILL. ¿Qué dices á esto, Rebollo?

REB. Que me pesa haber tratao mal á esas infelices.

VILL. Es que tú la has tomao con el bello sexo.

REB. Como nos engañaron una vez y dos...

VILL. Y tres y ciento, pero por qué... porque no hemos tenido pesqui pa apasionarlas por nosotros. Y esa ha sido nuestra equivocación. Si tú me dejas á mí desde un principio hacer coqueterías, á estas horas estamos en Madrid con esas dos mujeres, que no te digo yo que sean pa unos juegos florales, pero pa unos malabares, vaya si sirven.

REB. Llevas razón; hemos sido unos primos.

VILL. Cállate que salen. (Arabella y Tila salen y se dirigen al foro.) Pero que es eso ¿os vais?

ARAB. Sí.

REB. ¿Tan pronto?

TILA Queremos huir antes de que Pizzicato vuelva por nosotras.

ARAB. Preferimos nuestra vida errante á servir más á ese hombre.

VILL. Bueno, pero creo que es una falta de educación marcharse así sin despedirse de nosotros.

REB Aunque no sea más que la mano.

ARAB. Somos indignas de dársela.

VILL. Miá esta cursi con lo que sale.

REB Vosotras es que sois tontas.

TILA ¿De veras no nos despreciais?

VILL. Yo te he dao palabra de hacerte mi señora ó cosa parecida y te la cumplo.

REB. Y yo cosa parecida nada más, pero la fija.

ARAB. ¿Y nos llevais con vosotros?

VILL. ¡Hasta el fin del mundo!

REB. Pero ¡ay de vosotras si nos hacéis traición!

TILA Descuidad, somos vuestras esclavas.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PABLO; poco después QUINTIN

PABLO (Entrando con desaliento.) ¡Imposible! Todo inútil.

REB. (Mirando por la puerta del jardín, en el que vuelven á sentirse ruídos alegres.) ¡Anda! parece que se van alegrando los peregrinos.

VILL. ¿Qué, trae usted buenas noticias?

PABLO Desgraciadamente no. Le está prohibido á los hombres la entrada en el convento.

REB. A los hombres, sí; pero á mí no.

VILL. Pero oye ¿es que piensas cambiar de sexo?

REB Se me ha ocurrido una idea salvadora. ¡Eh! ¡tabernero! ¡paisano!

QUIN. (Saliendo.) ¿Quieren algo?

REB. ¿Queremos saber si está usted dispuesto á hacer un favor á dos compatriotas.

QUIN. Con el alma y la vida, y más tratándose de un día como éste.

REB. Pues entonces sentarse y oigan ustedes mi plan.

Intermedio musical número 4

CUADRO SEGUNDO

Sala ó claustro de recibimiento del convento del «Ave María» en los alrededores de Méjico. A la izquierda del actor, primer término, puerta que figura dar al oratorio del convento. A la derecha primer término puerta con llave que figura dar al zaguán ó portal. Todo el foro imitando una galería de cristales antiguos, viéndose el jardín.

ESCENA PRIMERA

La SUPERIORA y la DESPENSERA

SUP. ¿Le habéis preparado la tarta de melocotón que tanto le gusta?

DES. Hace ya rato la retiré del fuego: como no contaba que se retrasase tanto.

SUP. ¡Es extraño! Sin embargo no debe tardar; el padre Bonifacio es un santo y seguramente se habrá detenido en alguna de sus sagradas funciones. Id, hermana despensera y prepararle la colación.

DES. Descuidad, madre Superiora. (Mutis foro izquierda.)

ESCENA II

La SUPERIORA, TORNERA, por la derecha; poco después SALVATIERRA

TOR. ¿Madre Superiora?

SUP. ¿Qué ocurre hermana?

TOR. El señor Salvatierra solicita hablaros.

SUP. Decidle que pase. (La Tornera hace mutis derecha.) Me alegro que venga; el estado de salud de su sobrina no me inspira mucha confianza.

SAL. (Entrando.) ¿Dais vuestro permiso?

SUP. Pasad; yo también deseaba hablaros.

SAL. Es el caso, Madre Superiora, que asuntos de suma importancia me obligan á regresar á España sin pérdida de tiempo, y como sería temerario, dada la poca salud que disfruta. llevarme á mi sobrina, y, por otra parte, no ha de encontrar albergue más seguro que esta santa casa, he pensado...

SUP. Apropósito, y perdonad que os interrumpa; cualquiera que sean los motivos que tengais para mostraros tan severo con esa pobre criatura yo he de respetarlos, puesto que sois la única persona que le queda de su familia; pero debo advertiros que en Portero, á dos jornadas de aquí, tenemos otra casa donde se disfruta de un clima primaveral que influiría mucho en la salud de vuestra sobrina.

SAL. ¿Motivos? Ya los conocéis, Madre Superiora. unos amores que manchan el buen nombre que heredó de mi pobre hermano, y que yo no puedo consentir: por otra parte, ya os

he dicho también que la voluntad de su madre fué la de que entrase en un convento y mas tarde hiciese voto de fe.

SUP. Sin embargo, ella no parece muy propicia...

SAL. El tiempo y la oración la convertirán al fin: ¿no lo creéis así?

SUP. Sin ninguna duda; la oveja descarriada ha de volver al redil.

TOR. (Entrando.) Madre Superiora, cuatro hermanos de la Orden de San Bartolomé, que regresan en peregrinación de Nuestra Señora de los Angeles, piden descansar unos momentos hasta el toque de *Angelus*.

SUP. Hacedles pasar, hermana; nuestra puerta debe abrirse para esos servidores de Dios. (Hace mutis la Tornera.)

SAL. De modo que puedo...

SUP. Perdonad: en seguida terminaremos nuestra conversación.

ESCENA III

DICHOS, REBOLLO, VILLALÓN, ARABELLA y TILA, vestidos de de frailes

REB (Desde la puerta.) *Deo gratias.*

SUP. A Dios sean dadas: pasad, hermanos, y que el Señor sea con vosotros.

VILL. ¡Ele!

REB. (Aparte.) Cállate.

VILL. Ele... vemos nuestras preces al Todopoderoso.

REB Todo bondad.

VILL. Todo mansedumbre. Todo...

REB. (Aparte.) Todo... lo vas á echar á perder como sigas así.

SUP. ¿Venís de nuestra Señora?

REB. Sí, señora.

SUP. ¿Y qué tal ha estado la peregrinación de Nuestra Señora de los Angeles?

VILL. Como los propios ángeles.

SUP. La jornada es dura y estaréis necesitados de descanso.

REB Poco; confortar nuestra alma sin ocuparnos del cuerpo.

SUP. Sin embargo, si queréis una ligera colación, ó un poco de café que os haga recobrar fuerzas.

REB Como querais, madre.

SUP. Puro, ¿verdad?

VILL. Sí. Café y puro, es nuestra costumbre.

SUP. Bien, venid; mientras os lo preparan confortaréis vuestro espíritu en el oratorio. El padre Bonifacio, confesor de esta santa casa, no tardará en venir y se alegrará en el alma veros.

VILL. ¡Caramba, Boni!

REB. (Tose llamándole la atención.) (Ejem, ejem.)

VILL. Boni, bona, bonus.

SUP. Pasad.

(Mutis de los cinco primera izquierda.)

ESCENA IV

SALVATIERRA; después TORNERA y PIZZICATO

SAL. (Que subió al foro al salir los cuatro, baja al proscenio,) Esto es hecho: mi mujer me escribe desde Madrid, que mi cuñada está hace dos meses encerrada en un manicomio, y en cuanto á la joven, de aquí no saldrá nunca.

TOR. (Entrando con Pizzicato.) Pasad; aquí tenéis al señor Salvatierra. (Mutis de la Tornera.)

PIZ. ¡Oh, feliche mío caro!

SAL. (Aparte.) ¿Qué me querrá este hombre? el asunto está terminado y me gustaría desembarazarme de él.

PIZ. Lo he buscato come e un loco, temiendo no encontrarle.

SAL. Bien; ¿qué me quieres?

PIZ. ¡Ah, el signore no encontrará parolas de agradecimiento cuanto sepa...

SAL. Acabe.

PIZ. Los que el signore creía despistados están aquí.

SAL. ¿Cómo?

PIZ. Lo que oye. I os españoles y el otro cavalier.

SAL. ¡Pablo!

PIZ. Ecco, Pablo un evadido de las prisiones de Honduras.

SAL. ¿Evadido? ¿estás loco?

PIZ. Evadido, signore. El capitane Tifón, que lo recogió en su nave y lo desembarcó en Méjico, me lo acaba de decir.

SAL. ¿Entonces?...

PIZ. Se le presenta la ocasión de librarse de uno; el capitán está decidido á denunciarlo á los tribunales y al cónsul. Ma esto cuesta plata, y como io no la tengo...

SAL. Es necesario que lo denuncie en el acto y le daré lo que pida.

PIZ. ¡Ah! bene, bene. Qüesto nos libra de uno; ¿ma y los otros dos? seguramente han dado con la pista y procurarán salvar á la pícola.

SAL. No la libertarán, porque me la llevaré de aquí.

PIZ. Es lo más sicuro.

SAL. Ahora, por lo pronto, es necesario que veamos al capitán.

PIZ. Me espera en la porta, e dopo iremos á la taberna donde se encuentran los españolos, es preciso encargar que les vigilen.

SAL. Debiste hacerlo ya.

PIZ. (Disculpándose.) Como el signore no me dió instrucciones.

ESCENA V

DICHOS y la SUPERIORA

SUP. (Como si hablase con alguien dentro.) No turbar sus oraciones; cuando acaben pasarán al refectorio. (A Salvatierra.) Me habréis perdonado pero...

SAL. Escuchad, madre: he reflexionado acerca de lo que me indicastéis de la salud de mi sobrina...

SUP. ¿Y os la llevais?

SAL. Sí; iré á la casa de Portero, y si el clima le fuese favorable...

SUP. Casi seguro. ¿Y cuándo pensais partir?

SAL. Inmediatamente: voy á ultimar unos encargos y en seguida vuelvo: si fuéseis tan buena que le ordenáseis que se vaya preparando...

SUP. No faltaba más. (Tira de la cuerda, suena la campana y asoma la Despensera por la segunda izquierda.) Decid á la señorita Salvatierra que se venga.

SAL. Gracias, madre, y hasta luego.

SUP. Que Dios os acompañe. (Mutis de Salvatierra y Pizzicato derecha.)

ESCENA VI

SUPERIORA, LUPITA y NATIVA, segunda izquierda. Nativa queda detrás durante la escena

SUP. Este hombre indudablemente será una buena persona, pero es muy poco simpático.

LUP. ¿Me llamaba?

SUP. Sí, hija mía; es necesario que se prepare usted para salir de esta santa casa.

LUP. ¿Sola?

SUP. Con su tío.

LUP. ¡Ah, señora! no lo permita usted; yo se lo ruego.

SUP. ¡Qué me pide usted! ¿Con qué derecho me opondría yo á su partida? Usted tiene un tío al cual debe obediencia: sométase.

LUP. Ese hombre miente: es hermano de mi padre, en efecto; pero usted no ignora el fin criminal que persigue.

SUP. Según usted... pero, según él, su severidad solo tiende á apartarla de unos amores que la perjudican.

LUP. ¡Oh, Dios mío! no lo crea usted; amo es verdad, yo no se mentir, pero el hombre á quien adoro es digno...

SUP. Basta, señorita; en esta casa no debe haber otro amor que el de Dios.

LUP. Por lo que usted más quiera, no me deje salir.

SUP. Vamos, cálmese, y lo mejor que puede usted hacer mientras vuelve su tío es pasar al oratorio; vaya, hija mia; allí encontrará usted cuatro santos varones y ellos seguramente confortarán su espíritu.

LUP. Bien necesitada estoy de la ayuda de Dios. (Entran primera izquierda Lupita y Nativa.)

ESCENA VII

DICHAS; después TORNERA. y después SALVATIERRA y PIZZICATO

SUP. Pobre muchacha: realmente si llevase razón, merecería consultar el caso con el padre Bonifacio; pero después de todo ¿qué podríamos nosotras hacer?

TOR. (Entrando agitada.) ¡Señora! ¡Señora!

SUP. ¿Qué agitación es esa, hermana Tornera?

TOR. El señor Salvatierra que...

SUP. Qué...

TOR. Que porque tardaba en abrirle la puerta ha empezado á vociferar y á soltar unas palabrotas, que el Señor nos libre de escucharlas; parecía que Satanás hablaba por su boca.

SUP. ¿Qué decís, hermana? ¿Acaso habéis oído mal?

TOR. Desgraciadamente aun suenan en mi oído.

SUP. Bien; déjele pasar. (La Tornera hace mutis.) Que se lleve á su sobrina y acabemos este enojoso asunto.

ESCENA VIII

DICHA; SALVATIERRA y PIZZICATO

SAL. ¡Gracias á Dios!

SUP. ¿Qué formas usais para entrar en esta casa, señor Salvatierra?

SAL. Perdonadme, señora; pero los minutos son para mí siglos.

PIZ. E luego la torpezza de la Tornera.

SAL. Me había enterado que el novio de mi sobrina, acompañado de dos miserables, estaban aquí, y en cuanto al primero no tengo nada que temer, porque á estas horas estará preso.

SUP. ¿Preso?

SAL. Sí, madre, preso; era un criminal, un evadido de presidio; pero los otros dos han desaparecido y temo que estén por las cercanías del convento dispuestos á penetrar sin reparar en los medios.

SUP. Pues bien; vuestra sobrina y su aya están prontas á partir.

SAL. ¿Le indicásteis?...

SUP. Se lo dije hace un momento y pasó á la capilla á orar.

SAL. En ese caso no perdamos un minuto. Haced que vengan.

SUP. Al instante. (Va á dirigirse á tocar la campana y se oye dentro el toque de «Angelus». La Superiora se detiene, se hinca de rodillas y dice: *El Angelus:* reza: Salvatierra y Pizzicato inclinan ligeramente la cabeza; se abre la puerta primera izquierda y salen Lupita, Nativa, Arabella, Tila disfrazadas con los cuatro hábitos con que entraron Rebollo y Villalón. La Superiora de rodillas.) Vuestra bendición, padres (Arabella hace el signo de bendición con la mano y salen pausadamente por la lateral derecha. La Superiora se levanta. Cesa *El Angelus.*)

SAL. Y ahora llamad; es lo mejor.

SUP. Seguramente la encontraréis sumisa y obediente. (Llama.)

ESCENA FINAL

DICHOS; REBOLLO . VILLALÓN con sus trajes; en la mano cada uno un revólver. Se abre la puerta primera y aparecen los dos

REB. ¿Llamaba el señor?

SUP. (Cayendo desvanecida sobre Pizzicato.) ¡Jesús!

SAL. ¡Ah, mise...!

VILL. (Apuntándole.) Quieto, y agradece el sitio donde estás. (Hacen mutis apuntándole siempre.)

REB. Adiós, fanchullo.

DES. (Segunda izquierda.) ¿Llamaba la señora?

REB. Sí. Un poco de agua para la Superiora.

VILL. Y tila para esas dos novicias. (Por Salvatierra y Pizzicato.)

(Salen por la derecha y se oye echar la llave en la cerradura al mismo tiempo que cae el telón.)

Intermedio musical número 5

CUADRO TERCERO

Una celda de presos en una cárcel de cualquier provincia mejicana. Un camastro á la izquierda. Un taburete. Puerta primera derecha.

ESCENA PRIMERA

PABLO y el ALCAIDE de la cárcel

PAB. (Sentado en el camastro.) ¿De modo que dentro de dos ó tres días?...

ALC. Será usted trasladado á San Salvador é ingresará usté en las prisiones civiles de esa capital.

PAB. ¿Puede usted darme alguna noticia de las personas que me acompañaban?

ALC. Están aquí, en casa de su madre de usted; los dos españoles y una señorita con su criada. Por cierto que la señorita antes de marchar á España desea despedirse de usted.

PAB. (Alegre.) ¿Es posible?...

ALC. Ha solicitado y obtenido un permiso para entrar, y pronto estará aquí... Ah, también recibirá usted la visita de milady Skoben.

PAB. ¿Milady Skoben?

ALC. Esa venerable anciana que á pesar de su edad y sus achaques viene á menudo á consolar y confortar á nuestros presos. Debe usted recordar... aunque solo sea de nombre...

PAB. Sí, sí... ahora recuerdo...

ALC. Desde hace un año está muy cambiada. Atacada de parálisis, no puede salir más que en un cochecillo que empuja un lacayo. Pues á pesar de todo no ha renunciado á la santa misión que se ha impuesto. Es admirable.

PAB. Yo preferiría no recibir su visita.

ALC. ¿Por qué?... Reciba usted respetuosamente á esa caritativa mujer cuya fortuna entera está consagrada á la obra de las prisiones. Todos la debemos las mayores atenciones. Esta mañana solicitó autorización para ver á usted. No se muestre usted indigno del interés que inspira su visita. ¿Tiene usted algo más que pedirme?

PAB. Nada, señor.

ALC. Entonces me retiro. Resignación y valor.

PAB. Tengo ambas cosas.

(El Alcaide vase, cerrando con llave la puerta.)

ESCENA II

PABLO. Después LUPITA

PAB. ¡Voy á ver á Lupe por última vez! ¡Pobre criatura!... ¡Tan buena!... (Se sienta en el taburete y queda pensativo. Se abre la puerta. Un carcelero introduce á Lupe y vase.)

LUP. (Acercándose.) Pablo.

PAB. (Levantándose.) ¡Lupe!... (Transición.) ¿Te marchas?. . (Muy triste.)

LUP. Esta tarde.

PAB. ¿Con Rebollo y Villalón?

LUP. Sí.

PAB. ¡Qué almas tan generosas! (Le presenta el taburete. Ella se sienta. El queda en pie.)

LUP. He venido á darte gracias una vez más... la última... por lo que has hecho por mí... por lo que por mí te has expuesto... por tu cariño.

PAB. ¡El cariño de un penado!...

LUP. Yo no te considero culpable. Y sin embargo

me despido de ti en una cárcel... y para siempre, porque no sólo marcho á España sino que me queda poco tiempo de vida.

PAB. No tengas esas ideas...

LUP. Sí, sí... lo sé muy bien.

PAB. Si te sientes mal, ¿por qué no te quedas con mi madre?

LUP. La mía me espera hace mucho tiempo... y aunque el médico teme este viaje... no quiero morir sin volverla á ver.

PAB. Ea... no te alarmes sin razón. Tu mal proviene de la fatiga, de las emociones pasadas... El reposo, pronto te curará. ¡A la edad tuya se olvida tan pronto!...

LUP. Nunca podré olvidarte. En eso al menos soy incurable. Adiós, Pablo. Esto terminó. Adiós. (Se levanta.)

PAB. (Reteniéndola.) No puedo dejarte marchar así... ten esperanza.

LUP. ¿En qué?

PAB. Una prisión no es una tumba...¿quién sabe?... quizá llegue á verme libre...

LUP. Tratas de engañarme inútilmente. Sé que estás condenado á reclusión perpétua.

PAB. ¿Te ha contado acaso mi madre?...

LUP. Sí. Te sublevaste contra el Gobierno de Honduras. Las tropas del presidente actual vencieron á las tuyas. Eso no es un delito común que deshonra.

PAB. Cierto. Me fugué y de nuevo caigo en manos de mis enemigos. Pero... espero... espero siempre...las situaciones políticas cambian... y si yo recobrase mi libertad...

LUP. ¿Irías á buscarme?

PAB. Sin perder un momento.

LUP. Gracias.

PAB. ¿Me escribirás?

LUP. Sí.

PAB. Te advierto que abren las cartas de los presos.

LUP. Entonces... trata de adivinar lo que yo no puedo decirte. Adiós .. Hasta... la vista.

PAB. Adiós. (La besa la mano.)

(Lupita sale enjugándose los ojos.)

ESCENA III

PABLO. Un SACERDOTE y REBOLLO

PAB. (Solo.) ¡Pobrecilla!... Quise darla esperanza, y no la tengo yo... ¿En qué la podría fundar? (Se sienta de nuevo en el camastro. El Sacerdote entra y se acerca á Pablo que no le ve llegar.)

SAC. Hermano... es grande la desgracia que le aqueja. Pidamos al señor la fuerza necesaria para soportarla.

PAB. (Sin oirle) ¡Se ha marchado!...

SAC. (Tocándole en un hombro.) ¿No me reconoce? Soy el padre Tomás, el sacerdote de la cárcel...

PAB. (Levantándose.) ¡Ah!... Perdone, padre... sufro de un modo...

SAC. Bien. Voy á hacerle escuchar un poco de lectura reconfortante.. (Abre su breviario.)

PAB. No, padre... le ruego que... en este momento... sería incapaz de prestar atención.. y apreciar el valor...

SAC. Bien... entonces volveré luego. (Se abre la puerta.) ¡Ah!... Precisamente... aquí viene milady Skoben, la bienhechora de los desgraciados. (Rebollo, vestido de lacayo, aparece empujando ante sí un cochecillo de enfermo, en el cuál se sienta una vieja envuelta en amplio manto, y llevando en la cabeza un sombrero con espeso velo sobre la cara. Pablo, sentado en su camastro, no presta atención á los recién llegados. Al llegar el cochecillo al centro de la escena se detiene, y el Sacerdote dice:) El Señor bendiga á milady Skoben, la providencia de los infortunados en general y de los presos en particular. (Rebollo se inclina hacia la vieja y finge escuchar lo que ella le dice.)

REB. (Al Sacerdote.) La señora saluda al padre Tomás y le ruega que la deje sola con el preso.

SAC. (Con solicitud.) Me retiro. (A Pablo.) Hasta ahora, hermano. (Vase. Un Carcelero que venía tras el cochecillo está en el dintel de la puerta. Rebollo se inclina y escucha de nuevo lo que le dice la vieja.)

REB. (Al Carcelero.) La señora me entrega este di-

nero para usted. (Le da dinero. El Carcelero saluda profundamente y se retira. Apenas ha salido, Rebollo se quita la peluca, las patillas y el sombrero, pone todo sobre la mesa y se acerca rápido á Pablo.) Señor Pablo... vamos... pronto...

PAB. (Levantándose.) ¿Qué es esto? ¿Usted?.. ¿Rebollo?...

REB. Sí, señor... Rebollito en efigie.

PAB. (Indicando á la vieja.) Pero... ¿la señora?

REB. Es sorda como un choubescki. Bueno. Al grano. Mañana sale para España el vapor *Gibraltar*. La señorita Lupe y Villalón irán á bordo. Iremos todos.

PABLO ¡Chist!... (Por la vieja.) tenga cuidado.

REB. ¡Si no oye los truenos!... bueno... nosotros nos las piramos de aquí, nos embarcamos en un bote que está ahí abajo, remamos, esperamos al «Gibraltar», pasa el «Gibraltar», trepamos al «Gibraltar»... y á España.

PABLO ¿Salir de aquí? ¿Cómo?

REB. Gracias á esta noble dama que nos va á prestar sus trapos. (Quita el sombrero y el velo al maniquí que va en el coche y se los va dando á Pablo.)

PABLO ¿Qué significa esto?

REB. Esto, es nna idea mía, puesta en ejecución con ayuda de milady Skoben y de su mamá de usted. Ayúdeme usted, hombre. (Pablo levanta el maniquí. Rebollo le quita el manto y el vestido no dejando más que la camisa.) Póngase usted esto á escape.

PABBO Ah... ¿quiere usted?..

REB ¡Aire, aire!... El carcelero está pagado... pero hay que despacharse... (Pablo se quita algunas prendas y se pone las del maniquí durante el diálogo.) Hala... la falda... pero que le está tan ricamente... á la última *derniere*. ¡Duro!... el balandrán este... Al pelo... el *chapiri*... el velo... Ajajá...

PABLO (Poniéndose los guantes que le ha quitado al maniquí.) ¿Y qué hacemos con este maniquí?

REB Está precavido tó. (Al maniquí.) Ven acá. Vas á echar un sueñecito ¿eh? (Le acuesta en el ca mastro con la cabeza vuelta hacia la pared y le cubre

con las mantas y demás ropa.) Así, monín. Que seas bueno... Que no llores. Que no hagas nada que manche... (A Pablo que está escuchando en la puerta.) Usted, al coche. (Rebollo se vuelve á poner la peluca, patillas y gorra. Pablo se coloca exactamente como venía el maniquí.) ¡Demonche!... Viene alguien... una visita... hay que ahuecar... (La puerta se abre y aparece el Sacerdote de la escena anterior.)

SAC Señora. Permítame usted besar su mano. (Pablo le tiende la mano enguantada de negro. El Sacerdote la besa con respeto, se inclina lentamente y pasa á la izquierda. Rebollo vase con Pablo, cerrando la puerta. Acercándose al camastro y mirando con aire de compasión al maniquí.) Está durmiendo el infeliz. (Abriendo el breviario y sentándose junto al lecho.) Esperaré que se despierte.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Preludio señalado con el número 4

La cubierta del vapor «Gibraltar» preparada para que pueda hacerse el efecto que se detalla en la acotación final del Cuadro.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece LUPITA figurando que mira el horizonte con unos gemelos. NATIVA á su lado. VILLALÓN sujeto por ARABELLA y TILA; está mareado

VILL. ¡Ay!... Que pare... hacerme el favor de decirle al capitan que pare... aunque sea un momento.

ARAB. Vamos, ten fuerzas de voluntad.

VILL. No puedo; me muero: siento aquí una cosa que sube y que baja.

TILA ¿Qué sube y que baja? ¿Qué será?

VILL. No creais que es la Bolsa; es la vida que se me escapa; además no sé lo que tengo en la vista que todo lo veo mayor de lo que es; esa negra se me antoja que es mayor; esa chimenea me parece mayor, y ese palo mayor.

ARAB. Como que lo es.

TILA Vamos, haga usted un esfuerzo.

ARAB. Quizá tomando un poco de cogñac...

TILA Mejor chupando un limón.

ARAB. Dices bien; vamos á abajo.

VILL. No; que me parece que estais equivocadas, que no es abajo el limón.

LUP. No se distingue nada. ¡Acaso han sido sorprendidos!

NAT. No tenga impaciencia la amita. Su mismo deseo es el que le hace creer que tardan.

LUP. (Dejando de mirar.) Llevas razón.

VILL. ¡Ay, que me sube!

LUP ¿No se mejora?

VILL. ¡Ay, que me baja!

NAT. Ahora debía yo hacerle burla. ¡Ay, que me sube! ¡Ay, que me baja!

VILL. ¡Que se vaya ese lapiz tinta! Que no voy á reparar que está de alivio de luto y la voy á tirar al mar.

LUP. Vamos, cálmese. Venga con nosotros y si no se le pasa se echa en el camarote.

ARAB. Sí, es lo mejor.

VILL. (Haciendo mutis primera izquierda.) ¡Pero hombre, por qué no han de parar cuando uno quiere, como en los tranvías!...

ESCENA II

SALVATIERRA, primera derecha; luego PIZZICATO completamente afeitado sin melenas y vestido de mozo de comedor

SAL. (Saliendo sigilosamente como si no quisiese ser visto por nadie. ¡Es raro! ¡No está Rebollo con ellos! ¿Se habrá quedado en tierra vigilando al italiano? mejor, uno menos: Y en cuanto al granuja de Pizzicato...

PIZ. (Saliendo.) Come sempre á la sua disposizione.

SAL. (Asombrado.) ¡Eh! ¡Pizzicato!

PIZ. ¿Le extraña al signore? El asunto aún no está finito.

SAL. Para ti, sí.

PIZ. Imposibile: io lo o incomminciato, io debo finirlo; la heredera aún no ha desaparecido

é il mio concurso puede serle molto útile ancora.

SAL. No lo creas; la naturaleza se ha encargado de hacer lo que no hemos podido ó no hemos querido nosotros.

PIZ. Certo... la ragaza está molto mala.

SAL. Y la prisión y con ella la pérdida del hombre que tanto quiere, ha venido á agravar su enfermedad.

PIZ. ¡Pero resta la madre! ¡Restan los spagnolos! E per questo signore se me ocurrió seguirle per non privarle de mis servicios. El jefe de cocina é un compatriota mío, le pedí una colocazione, le pinté la mía miseria é sonno qua de mozo de comedore.

SAL. Bien ¿y qué deseas?

PIZ. Ser suo amigo, ó suo enemigo. El signore elegirá; si la prima cosa, io me comprometo á allanarle tutos los obstáculos por el picolo precio de treinta mile lire é il cargo de Secretario particulare del signor, inamovible; si lo secondo el signore me permitirá que me reserve il mio plan.

SAL. (¡Maldito granuja!) Bien, ¿y si acepto lo primero que harás?

PIZ. ¡Oh! Apena el signore me firme questo compromiso, (Saca un papel.) se lo esplicaré todo.

SAL. Bien, vamos; y cuidado, porque vienen en el barco.

PIZ. Lo sé; io les he servito de mangiare; io les serviré en el resto de la travesía.

SAL. ¿En ese caso?...

PIZ. Il signore verá; state calmo...

SAL. Vamos. (Mutis derecha.)

ESCENA III

LUPITA, NATIVA, ARABELLA, TILA, VILLALÓN, chupando un limón: poco después el CAPITÁN y OFICIAL segundo de á bordo

VILL. Pues sí que se me va pasando; ahora que si me lo pudieran dar helao me gustaría más.

NAT. No pida gollerías el niño.

VILL. ¿A qué le llamará ésta gollerías? Tengo unas ganas de estar en Madrid pa tomar un tranvía, y hacerle parar diez ó doce veces... (Entra el Capitán seguido de el 2.° de á bordo.)

CAP. ¿No tenían víveres, ni equipaje?

OFICIAL No, Capitán; la canoa estaba vacía.

CAP. Bien, hágalos usted pasar.

ESCENA IV

DICHOS, REBOLLO y PABLO seguidos del OFICIAL segundo de á bordo

ARAB. ¡Ellos!

LUP. (Dirigiendose á Pablo.) ¡Pablo!

PABLO ¡Lupita!

REB. Aquí estamos todos.

CAP. ¿Un encuentro?

REB. Un encuentro convenido mi Capitán.

VILL. Rebollo que no te has fijao en la graduación, que es Comandante.

REB. ¡Capitán!

VILL. ¡Comandante!

REB. ¡Capitán!

VILL. Te daba así con el limón ..

CAP Bueno, basta.

VILL. Usted perdone mi Comandante, pero es éste que...

REB. Diga usted mi Capitán que es él que...

CAP. He dicho que á callar... Ustedes han sido recogidos en una barca desmantelada y sin embargo eran esperados á bordo.

PABLO Sí, Capitán.

VILL. Que es Comandante.

CAP. Por lo tanto, ustedes han salido mucho antes que el *Gibraltar*, porque de otro modo no nos hubiesen dado alcance, lo cual demuestra que tratan ustedes de ocultar su partida.

REB. Bueno, pero ahora se paga el pasaje y se acabó.

CAP. Que se calle usted le digo.

VILL. Cállate, hombre.

CAP. Ahora bien, yo he cumplido con mi deber, recogiéndolos á bordo, pero en el primer puerto que haga escala pediré informes de ustedes.

SAL. (Que ha salido un poco antes.) Yo puedo dárselos inmediatamente, Capitán.

TODOS ¡El!

VILL. Este tío es un furgón de cola, siempre detrás.

TILA Hasta que lo desenganche yo.

CAP. ¿Usted?

SAL. Sí; ese hombre acaba de huir de la cárcel, con la ayuda de ese granuja.

LUP. ¡Dios mío!

CAP. ¿Es verdad lo que dice el señor?

PABLO Sí, Capitán; acabo de evadirme de la cárcel, pero no soy un criminal. (El Capitán se vuelve á dar ordenes al 2.° de á bordo que sale y vuelve con dos marineros.)

REB. Como que el que debía estar en ella con una cadena al pezcuezo era el señor.

VILL. Pa qué cadena, pobre hombre; con una cuerda y yo encargao de tirar de ella hay bastante.

LUP. Capitán, yo le juro que no es un criminal. Se trata de un delito político... una sublevación...

CAP. Señorita, yo no puedo faltar á los deberes de mi cargo. Sigan ustedes al señor.

REB. Le advierto á usté que este es conservador; y que no se ha sublevao nunca.

CAP. Es necesario.

REB. ¿Necesario?.. Adiós, Villalón. Haz todo lo que puedas por ella; no la apartes de tu lado, que viva contigo, y si no vuelvo hazla telefonista, que tienen un pedazo de pan asegurao.

VILL. ¿Y si no le prueba la electricidad?

REB. Pues que cosa para fuera ó que cante en algún cine.

VILL. Vete tranquilo que eso es coser y cantar.

CAP. Vamos.

LUP. ¡Adiós Pablo!

PABLO Ten resignación y por lo pronto piensa que vas á ver á tu madre.

SAL. (Quizás no.) (Mutis.)

ARAB. ¡Pobre niña! (Pausa. Los dos marineros que salieron con el 2.º de á bordo se llevan á Pablo y á Rebollo. La niebla que desde momentos antes ha empezado á invadir la escena se va haciendo más intensa.)

Empieza la música

CAP. (Al 2.º) Que acorten la marcha; la niebla va haciéndose más densa; que enciendan todas luces. *El Columbia* que llega á Méjico el 14, no debe estar lejos.

OFICIAL (Escuchando.) Me parece que se oye una sirena.

CAP. Quizás sea la de *El Columbia*. Que toquen la nuestra y la campana de señales: todo el mundo al puente. (Suena la sirena.)

VILL. (Corriendo.) ¡Un automóvil! ¡Un automóvil! (Suena una campana: la niebla seguirá haciéndose más densa.)

LUP. ¿Ocurre algo, Capitán?

CAP. La niebla, la maldita niebla. Pronto, todos á sus puestos. (Queda el escenario envuelto en una nube espesísima en la que apenas se dibujan las figuras: la campana y la sirena suenan sin cesar; se hace oscuro completo y de pronto se oye un golpe formidable y gritos de angustia simulando el choque de los dos barcos. Después queda todo en silencio y

CUADRO INTERMEDIO

Un telón corto representando el vapor GIBRALTAR partido, hundiéndose en las aguas. El otro vapor se ve vagamente entre la niebla

CUADRO SEGUNDO

Jardín de un manicomo. A la derecha, edificio: á la izquierda, puerta de verja y foro verja corrida. Sillas de jardín, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

CASAL sentado en una silla leyendo un periódico. ENFERMERO entrando; poco después SALVATIERRA y PIZZICATO

ENF. Dos caballeros preguntan por el señor doctar. Uno de ellos me ha dado esta tarjeta.

CAS. (La coge y la lee.) Que pasen. (Mutis Enfermero. Leyendo la tarjeta.) «Jorge Salvatierra: banquero.»

SAL. (Entrando.) ¿El señor Casal?

CAS. Servidor. El doctor Molinedo, director del manicomio, se encuentra enfermo, y yo soy quien le sustituye; si el asunto que le trae puedo yo resolverlo...

SAL. Mi secretario...

PIZ. Inamovible.

SAL Mi secretario y yo veníamos á consultar con el doctor acerca de esa pobre señora .. mi cuñada...

CAS. Ah, sí, la viuda de Salvatierra; recuerdo que hace tiempo el doctor quiso hablarle á usted, y según le dijeron, estaba usted ausente.

SAL. En efecto, he regresado á Madrid hace días. A no ser por la catástrofe del *Gibraltar* hubiese estado antes.

CAS. ¡Ah! ¿Venía usted en ese barco?

PIZ. ¡Veníamos!

SAL. Nos recogió el *Columbia*.

CAS. A juzgar por los detalles que dieron los periódicos, la catástrofe debió ser horrible.

SAL. El *Gibraltar* fué cortado en dos, y se hundió en pocos minutos; casi todo el pasaje pereció...

CAS. Les felicito á ustedes por haber salido con bien.

SAL. A medias. Mi desgraciada sobrina, la hija de mi cuñada Elena, no tuvo esa suerte.

PIZ. (Fingiendo amargura.) ¡Póvera ragaza!

SAL. Y he aquí el motivo que nos trae. ¿Cree usted que se puede dar la triste noticia sin temor á una recaída?

CAS. Lo considero tan peligroso, que acaso produjera su muerte.

PIZ. (Fingiendo amargura.) Póvora, signora.

SAL. En ese caso...

CAS. A mi juicio, lo mejor es buscar una fórmula, esa tan socorrida de las dosis... decirle primero que está enferma... más tarde que empeora... En fin, todo menos darle la noticia de pronto.

SAL. Opino lo mismo, y como mi presencia pudiera alarmarla, mejor sería que se encargasen ustedes...

CAS. ¡Ah! Desde luego.

ESCENA II

DICHOS, el JUEZ, un ENFERMERO; poco después PABLO, REBOLLO, ARABELLA, TILA y NATIVA

ENF. (Indicándole al señor Juez quién es Casal.) Aquel es, señor Juez.

JUEZ Está bien. (Salvatierra y Pizzicato pasan á la derecha.)

CAS. (Adelantando.) ¿Qué buscará la ley en esta casa?

JUEZ (Viéndole.) Dispénseme. ¿Es usted el doctor jefe de esta casa, verdad?

CAS. Sustituyo á mi compañero el doctor Molinedo.

JUEZ ¿Tiene usted entre sus enfermas á la señora viuda de Salvatierra?

CAS. Precisamente la llegada de usted ha cortado una conversación que respecto de la enferma teníamos el señor Salvatierra, su secretario... (Presentándolos.)

PIZ. Inamovible.

CAS. Y yo.

SAL. Y puesto que estamos de acuerdo, me retiro. (Saluda y va á hacer mutis seguido de Pizzicato.)

JUEZ (Deteniéndole.) Perdonen ustedes: ya que les he encontrado aquí, me permitirán que les detenga solo por un momento. Lo que tengo que decir el doctor les interesa también á ustedes.

PIZ. (Qüesto se pone feo)

SAL Veamos.

JUEZ Un señor que se firma Pablo Arcentales ha presentado una denuncia, cuyos hechos, de tener comprobación, revisten suma gravedad.

SAL. (Disimulando.) ¡Hola!

JUEZ Asegura en ella, que la señora viuda de Salvatierra está encerrada en esta casa con fines criminales.

SAL. Perdonadme, pero los médicos certificaron...

JUEZ Sí, en apariencia las cosas se hicieron legalmente; pero un obrero pintor, Fermín Rebollo, ha declarado que usted, para evitarse devolver cierta herencia...

SAL. Falso..

JUEZ (Al Enfermero.) Que pasen las personas que me acompañaban.

PIZ. (Yo credo que la secretaria va á ser mi perdichione. ¡Oh! no me conviene que sea inamovible.)

(Entran en escena Pablo, Rebollo, Arabella, Tila y Nativa.)

SAL. (¡Ah, los miserables! ¡Por qué no se los tragó el mar!)

PIZ. (Io dimito el cargo.)

JUEZ (A Casal.) Haga usted que venga la enferma. (Casal da órdenes al Enfermero. A Pablo.) ¿Es esta la persona contra la cual ha formulado usted la denuncia?

PAB. Sí, señor Juez.

REB. Y á propósito, nos hemos olvidado del señor. (Por Pizzicato.)

PIZ. Io no tengo nada que ver...

REB. ¿Cómo que no? Diga usía que ese nos robó

al pobre Villalón, que Dios tenga en gloria, y á mí, todo el dinero en Río Janeiro, y nos quitó la carta que llevábamos para la pobre Lupita, que gloria halle, y nos persiguió á muerte, pagado por el señor... Ya le contarán á usía estas dos la vida y milagros de ese fanchulo.

ARAB. Es un criminal, señor Juez.

PIZ. ¡E questo é una *vendetta!*

JUEZ (Viendo salir á Elena.) Bien; apártense ahora. (Todos se agrupan en el foro para no ser vistos por Elena hasta que lo indique el diálogo.)

CAS. (Acercándose á Elena y en voz baja.) Señora, si en efecto aquí se la retiene injustamente, conviene que no se exalte usted; la persona que va á interrogarla es un representante de la ley.

ELENA ¡Descuide usted!

JUEZ Señora, ¿usted vino á Madrid á reclamar para su hija la fortuna que le dejó su padre?

ELENA Diez millones, sí señor.

JUEZ ¿El señor Salvatierra se negó á entregarla?

ELENA Pidió un plazo, que le concedí.

JUEZ Este obrero asegura que su cuñado intentó...

ELENA (Viéndolos.) Pablo, Nativa... ¿Usted?... ¿Pero y su compañero y mi hija? (Todos bajan la cabeza con tristeza.)

PAB ¡Doña Elena!...

ELENA ¡Acabe usted! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está su compañero?

REB. ¿Villalón? ¿Pregunta usted por Villaloncito? Pues... bien... ¿Verdad que está bien?

ELENA Por favor, acaben ustedes. ¿Y mi hija?

REB. Pues verá usted: que la encontramos, ¿sabe usted? y le dimos la carta, ¿sabe usted? y nos embarcamos, ¿sabe usted? y... (yo creo que no debe saber más.)

PAB Sí, es necesario. El barco que nos conducía, chocó á causa de la niebla con otro; se hundió, nosotros pudimos salvarnos; Lupita y Villalón... (Todos bajan la cabeza.)

ESCENA III

DICHOS, VILLALÓN y LUPITA

VILL. (Dentro, gritando:) ¡¡Rebollo!!
TODOS (Asombrados.) ¿Eh?
REB. ¡Recorcho! esa es la voz de Villalón.
VILL. (Más cerca.) Rebollito.
PAB. ¡Sí; es él! (Villalón entra llevando de la mano á Lupita.)
REB (Abrazándole.) ¡Villalón!
VILL. (Idem.) ¡Rebollo!
LUP (Idem.) ¡Madre!
ELENA (Idem.) ¡Hija de mi alma! (Pausa grande.) (1)
VILL. Pero, hombre, miá que eres fresco. Se hunde el barco y desapareces sin decirme donde me esperas.
REB Cállate, Villalón, que no sabes lo que te hemos llorado; y si vieras que viuda más decente hace ésta...
VILL. Pues gracias á un vapor inglés que nos pescó y nos dejó en Cabo Verde, desde donde nos ha repatriado el cónsul.
LUP. (A su madre y á Pablo que han formado grupo.) Sí, madre; á él y á esas dos almas generosas les debo la felicidad de abrazarte.
JUEZ Por lo que veo, este es el compañero que creía usted muerto y del que hace referencia en su declaración.
REB. El mismo señor Juez.
VILL. (Tú, que no es Juez, que es Inspector.)
REB. (Juez.)
VILL. (Inspector.)
REB. (Maldita sea; te daba así ..)
JUEZ En ese caso tengo necesidad del testimonio ustedes. Preséntense esta tarde en el Juzgado. (A Salvatierra y Pizzicato.) Síganme ustedes.
PIZ. Sin embargo io...
JUEZ Ya hablará usted...

---

(1) Pizzicato—Salvatierra—Casal—Elena—Lupita—Nativa—Juez—Rebollo—Villalón—Tila—Arabella

SAL. (Al pasar.) ¡Ah! Si las cosas se hiciesen dos veces...

REB. En vez de diez, tendría usted que devolver veinte millones.

VILL. Pero, ¿se va usted?

REB. Déjalo, que va á veranear. (Mutis del Juez, Salvatierra y Pizzicato; forman grupo en la derecha, Elena, Casal y á su lado Lupita y Pablo. En el centro, sola, Nativa. Al otro lado Tila, Villalón, Rebollo y Arabella.)

ELENA Señor doctor, soy feliz; y ustedes cuenten con todo lo que necesiten para serlo, pues bien se lo merecen.

REB. (Cogiendo á Arabella.) ¿Has oído? desde mañana nos dedicamos á buscar cuarto.

VILL. A tí, ¿cómo te gusta la alcoba Luis catorce ó á lo pompadur?

TILA Como quieras.

PAB. En España no corro ningún peligro y no me apartaré nunca de tu lado. (Abrazándola.)

LUP. Gracias, Pablo.

CAS. (Dándole el brazo á Elena.) ¿Se siente usted fatigada?

ELENA No; es la alegría.

REB. ¡Olé las mujercitas! (Abrazándola.)

ARAB. Zalamero.

VILL. Feilla vas á estar en cuanto te vista á la derniere. ¡Olé! (La abraza.)

REB. (Repara en el cuadro y ve á todos abrazados y á Nativa sola en el centro.) Pero, hombre, esto no está bien... (A un Enfermero que pasa,) Haga usted el favor de abrazar á ese cigarro puro.

ENF. ¿Yo?

REB. Sí, hombre, sí; usted. (El Enfermero la abraza.)

NATI (A Rebollo.) Gracias, niño.

REB. Claro, hombre; como que faltaba esa figura para el cuadro.

VILL. Y qué cuadrito, ¿eh?

REB. ¡Este si que es de Goya!

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)

El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)

Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)

Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)

El Himeneo.—Monólogo en prosa.

Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)

Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)

El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)

El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)

El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)

Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)

La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)

Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)

La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)

La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)

El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)

El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)

Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.

El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición). (10)

La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)

Mayo florido.—Sainete lírico en un acto. (9)

El gran tacaño.—Comedia en tres actos y en prosa. (9)

Los hombres alegres.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (9)

Los perros de presa.—Viaje en cuatro actos, divididos en diez cuadros. (9)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.

Precio: DOS pesetas